



# la muerte se viste de novia

keith luger





COLECCION

---

# PUNTO ROJO







KEITH LUGER

## **LA MUERTE SE VISTE DE NOVIA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 355

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO**





Dépósito legal: B 42.850 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: febrero, 1969

© KEITH LUGER - 1969  
sobre la parte literaria

©  
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de Editorial Bruguera, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia



## CAPÍTULO PRIMERO

—Tengo hambre —dijo Mickey Donovan.

—Comerás, Mickey, comerás —contestó Jimmy Rogers.

—¿Cuándo?

—En cuanto hable con nuestro amigo Harry Gow.

—¿Has dicho Harry Gow?

—Sí, Mickey.

—¿Desde cuándo es nuestro amigo?

—Lo es por temporadas.

—Yo creo que estamos en la temporada mala. ¿Es que no recuerdas lo último que nos dijo? Que si no salíamos de su despacho antes de que encendiese el cigarro, llamaría a la policía.

—Pero no llamó a la policía:

—Porque tú le hiciste tragar el cigarro.

—Seguro que se habrá reído mucho recordando la escena.

—¿Tú crees? —repuso Mickey, dudoso.

—Ya lo verás, Mickey, ya lo verás.

Jimmy Rogers frisaba los veintiocho años y poseía un cuerpo ágil y un rostro de facciones granujentas, pero simpáticas. Mickey Donovan frisaba los treinta y cinco años y había sido boxeador, levantador de pesas, camionero y profesor de psicología en una academia, pero esto fue por una confusión, debido a que Mickey se parecía mucho al verdadero profesor de sicología, por lo que él cargo le duró exactamente tres minutos y cuarenta y cinco segundos.

—Y pensar que hace dos días teníamos cien dólares —se lamentó Mickey.

—No te quejes, muchacho. Comiste a dos carrillos.

—Eso es verdad.

—Bebiste hasta champaña.

—También es cierto.

—Y tuviste una pelirroja como no la habías tenido desde hace mucho tiempo.

—Y tú tuviste una rubia que nos limpió el dinero que nos quedaba.

—Hay que hacer algo por el prójimo, Mickey.

—Sí, hay que hacerlo, pero no hasta quedarse en la ruina.

Ya habían llegado a su destino, un edificio dedicado a oficinas. Subieron en un ascensor hasta la séptima planta. Las puertas anunciaban abogados, dentistas, agentes de Bienes Raíces. La puerta que Jimmy abrió decía:

Harry Gow. Ediciones especializadas

—Buenos días, bella dama —dijo Jimmy a una mujer que estaba de espaldas.

Ella se volvió y Mickey dio un chillido. Pero tenía razón Mickey. La mujer no era bella, sino fea como un demonio. Su edad era indeterminada entre los treinta y los noventa años, los ojos ratoniles; y exhibía en el rostro no menos de media docena de verrugas.

—¡Fuera, parásitos! —Ladró.

—No tenemos ninguno encima —contestó Jimmy—. Mi amigo y yo somos unas personas con mucha higiene.

—Lo decía por sus personas.

—Entonces, debería tener más delicadeza —repuso Mickey—. Usted es un engendro y todavía no le dije nada.

La dama se puso roja.

—¿Qué es lo que ha dicho, mastodonte?

—Nada.

Jimmy intervino rápidamente para evitar una lucha entre dos animales antediluvianos.

—Paz. ¡Viva la paz!

—No me engañará con sus cortinas de humo, señor Rogers —gruñó la fea mujer.

—¿Me conoce?

—Como si lo hubiese traído al mundo.

—Hable, mamaíta, hable.

—Cuando empecé a trabajar aquí, hace tres días, el jefe me dijo: «Quedará fulminantemente despedida si deja entrar en esta oficina

a los dos tipos más tramposos, más desleales y más farsantes que existen en todo el planeta. A saber; Jimmy Rogers y Mickey Donovan». Y luego agregó otras cosas.

—¿Cuáles?

—Unas cuantas historias que ustedes protagonizaron.

Jimmy levantó la barbilla.

—Entonces, ya sabe a qué se debe la prosperidad de esta casa.

—¿Prosperidad, Jimmy? —dijo Mickey—. Harry Gow siempre está en la miseria.

—Me refería a las épocas de vacas gordas que tú y yo le hemos proporcionado. —Pues es verdad— sonrió Mickey. —Ahora me acuerdo de una vez que le trajimos dos vacas lecheras. Fue en aquella ocasión que nos pagaron en especie. El tipo que le debía a Harry Gow los mil quinientos dólares acababa de ser embargado.

Jimmy se pasó una mano por la cara para ocultar la sonrisa. Estaba acostumbrado a las ingenuidades de su amigo Mickey, y por eso lo quería tanto.

—¿Cuál es su nombre, señorita? —preguntó.

—Mónica Malloy.

—Encantado de conocerla, Mónica.

—No puedo decir lo mismo.

—Estoy seguro de que seremos amigos.

—Ni durante el juicio final.

—Opino que no debemos esperar tanto tiempo para que usted y yo estrechemos relaciones. Estoy convencido de que bajo esa coraza usted esconde un... un...

—Un corazón de piedra —dijo Mickey.

La señorita Malloy soltó un bufido...

—¡Eh! —dijo Mickey—, yo no le pisé el rabo.

Mónica Malloy agrandó tanto los ojos que ya no parecían los de un ratón, sino los de un tigre. Y hasta movió una mano como una zarpa.

Mickey se puso a la defensiva cuando la vio avanzar hacia él.

—¡Jimmy, me quiere pegar!

Jimmy hizo lo que pudo. Derribó un montón de folios que estaban sobre la mesa, junto a la máquina de escribir.

Eso, efectivamente, detuvo a Mónica.

—¿Qué es lo que ha hecho, manazas? ¡Me ha tirado los papeles

por el suelo!

—Perdone, no me di cuenta.

Jimmy se agachó para recoger los folios, pero, cuando los tuvo en la mano, hizo como si le cayesen de nuevo y se esparcieron.

—¡Infiernos! —exclamó Mónica—. Me lo está enredando todo...

—¡Cuánto lo siento! —se excusó de nuevo Jimmy, apartándose del lío de folios.

Mónica se puso de rodillas.

—Invertiré no menos de media hora en arreglarlos.

Jimmy hizo una señal a Mickey para que lo siguiese y abrió la puerta del despacho particular de Harry Gow.

—Hola, patrón —saludó Jimmy.

—¿Cómo va tu úlcera? —dijo Mickey.

Harry Gow era un hombre pequeñajo, de cráneo completamente limpio de pelo y caspa y con cara de lechuza. Defendía sus ojos con lentes de alta graduación. En aquel momento tenía un grueso cigarro en la boca y casi se lo tragó al ver a sus visitantes.

Mickey corrió detrás de Harry Gow y le pegó una tremenda palmada en la espalda.

—Escupe el cigarro.

No fue ése el efecto que produjo. Por el contrario, Harry se lo tragó más. Empezó a soltar murmullos ininteligibles.

—¿Qué idioma hablas, Harry? —preguntó Mickey.

—No habla ningún idioma —le contestó su amigo—. Es que se está ahogando.

—Demonios, Harry, no deberías fumarlos tan gordos. ¿Ves lo que pasa?

Harry expulsó al fin el cigarro de su cavidad bucal. Soltó una espantosa maldición que aprendió en un campo de concentración nazi. Y por eso lo dijo en alemán.

—¿Qué has dicho, Harry? —inquirió Mickey.

—¡Algo sobre tu familia, búfalo!

—La mía está bien. ¿Encontraste al fin a tu padre?

—¡Jimmy! ¿Por qué lo trajiste?... ¿Por qué? ¡Te pedí que lo encadenases!

—Ya probé con la cadena, pero se suelta.

Mickey soltó una fuerte carcajada y Jimmy dijo:

—Es lo que me gusta de esta oficina. A poco de estar en ella,

uno se encuentra como en su propio hogar.

Harry bramó:

—Si os echaron del hotel por falta de pago, no penséis que os voy a dejar dormir bajo este techo.

—Te salió la letra de una canción —dijo Jimmy.

—Eso, ponle música ahora y a lo mejor nos hinchamos —asintió Mickey.

El rostro de Harry Gow empezó a palidecer.

—¡No quería saber nada de vosotros!... ¡Os dije que no quería veros! ¡Estoy muerto!

Mickey le cogió una mano.

—Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias —dijo Harry, sin darse cuenta.

Jimmy habló con mucha rapidez:

—Dame diez dólares y te traeré un ataúd de superlujo.

—Es barato —dijo Harry, hecho un lío y hasta movió la mano para sacar el dinero del bolsillo, pero en el último instante se dio cuenta de que estaba vivo—. ¡Tramposos!... ¡Farsantes!... ¡Otra vez que me la ibais a pegar! —soltó una risita de loco—. ¡Pero juré que Harry Gow no sería una de vuestras víctimas!

—Cambemos de tema, Harry —repuso Jimmy—. Hablemos de negocios.

Mickey se frotó las manos.

—Eso. De dinero.

Harry Gow cerró un ojo, el derecho. Era su actitud favorita cuando se mencionaba el vil metal.

—Muchachos, tengo una oferta para vosotros.

Mickey se quedó con la boca abierta y Jimmy dijo:

—¿Lo ves, Mickey? ¿Quién dijo que Harry Gow era un mal hombre, un avaro, una sanguijuela?

—Tú lo dijiste, Jimmy —contestó Mickey.

Jimmy carraspeó.

—Lo debí decir como pura broma. En realidad, Harry Gow es el mejor hombre del mundo, con los más bondadosos sentimientos. Un verdadero amigo de sus amigos.

Oigamos la oferta, Mickey.

—Sí, escuchemos a la bondadosa sanguijuela. —¡Mickey!

—Quise decir, estupendo, maravilloso y magnífico avaro.

—Será mejor que te calles.

Mickey se puso una mano en la boca para no pronunciar ya una sola palabra.

Hecho el silencio, Harry Gow inspiró profundamente:

—¡Marchaos al infierno!

Jimmy y Mickey cambiaron una mirada. —¿Es eso todo, Harry?  
—gruñó Jimmy.

—Sí, todo.

—Nos iríamos si conociésemos el camino, pero estoy seguro de que tú ya has estado antes en él. ¿Por dónde se va, Harry?

Gow soltó una risita.

—Melodrama, ¿eh, Jimmy?

—Nos iremos enseguida, pero si encuentras un par de agentes como nosotros, volveremos del infierno para tirarte... —Le miró a la cabeza, pero seguía sin tener un pelo—, para tirarte de las narices.

Mickey levantó un puño tan grande como una sandía mexicana.

—Me gusta lo de las narices. Pero yo prefiero machacárselas, y va a ser ahora.

—¡Socorro, Jimmy! ¡Ponle la cadena!

—Lo siento, Harry, pero has herido el amor propio de Mickey.

Mickey se escupió el puño.

Harry Gow gritó:

¡Os daré trabajo!... ¡Os daré trabajo!

—En el infierno, claro —dijo Mickey.

—En la tierra.

—¿Cuál es el trabajo, Harry?

Gow sacó un pañuelo al ver que había pasado el peligro. Lo pasó por la cara enjugándose el sudor.

—Tengo una revista que marcha muy bien, Jimmy. Ya sabes, un asunto de oro. Podéis ganar todo lo que queráis.

Mickey sonrió.

—Eso es lo que necesitábamos, ¿verdad, Jimmy?

Jimmy no creía a casi nadie y en el lote incluía a Harry Gow.

—¿Cuál es la revista, Harry?

—*El Ajuar de la Casadera Decente*.

—¿A quién se le ocurrió eso?

—A mí.

—Ya lo suponía.

—¿Qué pasa con el título?

—Que es indecente.

—¡Te prohíbo que me censure!

—Conque era un asunto de oro. Conque íbamos a ganar todo lo que quisiésemos...

Apuesto a que no tienes ni un centenar de suscriptores.

—Noventa y siete. Quise decir...

—Ya lo dijiste. No hace falta que rectifiques. Noventa y siete.

—Pero el negocio sólo está empezando. Iniciamos la revista hace apenas...

—Dos meses.

—Sí, Jimmy. Pero sigo pensando que fue una buena idea. ¿Cuántas muchachas se casan en Estados Unidos? Por centenares de miles. ¿Y cómo van al matrimonio? La mayoría lo hacen en las peores condiciones, les falta toda clase de conocimientos físicos, morales y hasta prácticos, desde el punto de vista del hogar. Lo que yo he hecho es llenar...

—Llenar un vacío —dijo Jimmy con ironía.

—Lo creas o no, es así.

—La idea me parece buena.

—Gracias.

—Pero debiste poner otro título a la revista.

—¿Cuál, por ejemplo?

—*El Ajuar de la Muchacha Quince abrileña*. Recuerda que cada día se casan más jóvenes.

Mickey intervino:

—Se me ocurre algo para sumar más suscriptores... *El Ajuar de la Muchacha de Diez*.

—¡Demonios! ¡Es cierto! —exclamó Harry.

—Por ese camino vamos a llegar al *Ajuar del Bebé Casadero* —dijo Jimmy.

—Tienes razón —rezongó Mickey—. No me gusta esa revista, Harry. ¿Por qué no nos confías las suscripciones de *Juegue y gane al póquer*? ¿Te acuerdas, Jimmy? Hace dos años conseguimos más de cincuenta suscriptores en un día, y nos bastó ponernos en una esquina de la calle Cuarenta y Dos.

—Lo siento, muchachos —repuso Harry—, pero ya no tengo esa

revista. Me la quitó mi socio, aquel maldito de Jafsie Peacock. Por ahí va con un «Cadillac», y cada vez con una mujer distinta... — Harry pronunció las últimas palabras como un moribundo.

Jimmy le puso la mano en el hombro.

—No te aflijas, Harry. Te sacaremos a flote ese ajuar. Mickey y yo nos conformaremos con la cuota de suscripción.

—¡Nada de eso! —gritó Harry, volviendo a la realidad, porque se hablaba de dinero.

—¿Cuánto se cobra por la suscripción?

—Tres dólares por año.

—Es honrado que nos quedemos con los tres dólares.

—¿Y qué ganaría yo?

—Sabemos el truco del negocio. Tú ganas con los anunciantes.

—Eso era antes. Ahora casi no hay anuncios. Existen infinitos medios de publicidad. Nos están retirando de la circulación. ¿Por qué me dediqué a esto? ¿Por qué? Llegará un día que no podré alimentar a mi mujer y a mis tres hijos.

—¿Y qué me dices de la otra mujer y de los otros dos hijos?

—¿Eh?... ¿Cómo? Jimmy, te prohíbo que te entrometas en mi vida privada... Os daré un cincuenta por ciento de la cuota de suscripción.

—Que sea un noventa.

—Sesenta.

—Ochenta y cinco.

Mickey chilló:

—¡Ochenta y cinco a la una!... ¡A las dos! ¡A las tres!... ¡Concedido un ochenta y cinco!

—Trato hecho —dijo Jimmy.

Los dos amigos, uno detrás de otro, estrecharon la mano de Harry Gow, que estaba confuso y rezongó:

—Algo me dice en mi fuero interno que estoy haciendo el peor negocio de mi vida.

—Tienes que cumplir tu palabra —le dijo Mickey, levantando el puño.

—Está bien, la cumpliré —asintió Harry—. En el segundo cajón del archivo encontraréis ejemplares de la revista y unos cuantos centenares de boletines de suscripción.

Jimmy y Mickey recogieron el material.

Luego, Jimmy se acercó otra vez a Harry.

—Tienes que adelantarnos algo.

—Ni lo pienses.

—Diez dólares.

—¿Crees que estoy loco?

—Son para gastos de traslación.

—Por mí, os podéis quedar clavados en cuanto salgáis a la calle.

—¿Quieres hundir tu revista, Harry? Yo sé dónde colocarla. Hay barrios, calles, donde vive la clase de jóvenes que les gusta leer esta clase de cosas... Pero hay que imprimirle dinamismo al negocio, a nuestros movimientos... Ya nos conoces. Utilizaremos toda la fuerza de persuasión para que la revista suba hacia arriba como la espuma. Cinco dólares —dijo Harry.

—Admitido —gritó Mickey.

—Pudiste estar callado, Mickey —le reconvino su amigo.

Harry Gow había sacado un billete de a cinco dólares y Jimmy se lo arrebató.

—Tendrás noticias nuestras, Harry.

—Por favor, que no sea para sacaros de la cárcel. —Deberías perder esa costumbre de hacer chistes— rió Jimmy.

—No fue un chiste. Os saqué cuatro veces de la mazmorra. Pero si vuelve a ocurrir, no os conozco.

Los dos amigos salieron del despacho.

Mickey lo hizo con muy mal pie porque tropezó con Mónica Malloy y en las manos de ésta pareció explotar un manojo de folios que se esparcieron por el suelo.

—Señorita Malloy —dijo Jimmy—, se le nota a usted nerviosa. Pero yo sé a qué es debido. A su media naranja. Usted está preocupada por cómo será él, por la forma en que usted se comportará cuando el amor llame a su puerta. Eso es lógico, porque es una mujer sensitiva, deseosa de volcar su cariño en el hombre que el destino eligió para usted, un hombre que está cerca, a punto de irrumpir en su camino. Señorita Malloy, todas las preguntas que usted se hace están contestadas aquí.

Jimmy enarboló un ejemplar de *El Ajuar de la Casadera Decente*.

Mónica Malloy miró la revista como si fuese el maná. Hasta levantó las manos para apoderarse de ella.

—Tres dólares —dijo Jimmy—. Sólo por tres dólares usted podrá resolver su gran problema.

Mónica dio media vuelta, atrapó su bolso, lo abrió, sacó tres dólares, y los alargó a Jimmy, quien los hizo desaparecer en su bolsillo, entregando a cambio la revista.

—Vamos, Mickey, el trabajo nos espera.

Jimmy salió del despacho, pero Mickey tardó un poco en reunirse con él porque se había quedado con la boca abierta viendo cómo la señorita Malloy pasaba ávidamente las hojas de la revista *El Ajuar de la Casadera Decente*.

## CAPÍTULO II

Subieron a un autobús que los dejó en la calle 322, Este.

A un lado y otro se levantaban casas con jardín. —Ya llegamos, Mickey— dijo Jimmy Rogers. —¿Y qué hacemos ahora?

—Para ti los números pares y para mí los impares.

—No me gusta.

—Muy bien, cambiaremos. Para ti los impares y para mí los pares.

—No me refería a eso.

—¿A qué te referías?

—A que yo no entiendo de esto.

—Es la mar de fácil, Mickey. Recuerda, es como cuando hacías suscripciones para *Juegue y gane con el póquer*.

—Pero entonces sólo tenía que hablar con un tipo y ahora se trata de hablar con una jovencita.

—Puedes hablar con la madre o con la tía de la jovencita. Lo importante es darle un aire de moralidad al asunto.

—¿No sería mejor que te oyese al menos una vez?

—Está bien, sígueme.

Se metieron en el primer número par, cruzaron el jardín y, llegados al porche, Jimmy apretó el timbre de la puerta.

Les abrió una mujer de unos cincuenta años, de cabellos ceniza.

—Buenos días, señora —la saludó Jimmy con una sonrisa gentil—. Soy Jimmy Rogers, inspector del Instituto del Matrimonio Moderno. Aquí le presento a mi ayudante, el señor Mickey Donovan, especializado en la solución de *Conflictos Conyugales*.

La señora parpadeó mucho.

—Soy Betty Wendell.

—Encantado, señora Wendell —prosiguió Jimmy—. Es un honor para nosotros haber llegado a su casa, señora Wendell. Nuestro Instituto entra en todos los hogares, desde el ubicado en un

rascacielos hasta el que se cobija en una de estas bonitas casas...

—¿Quién es? —preguntó, apareciendo una joven de unos quince años.

—No te importa, Ruth.

La chica llamada Ruth entró de nuevo en la casa.

—Es mi nieta —dijo la señora Wendell.

—Si no lo dijese usted, no lo creería, señora —repuso Jimmy—. Parece su hija... Se conserva maravillosamente, ¿verdad, Donovan?

Mickey no dijo nada porque estaba completamente distraído, y Jimmy tuvo que pegarle en el costado con el codo.

—Oh, sí. Se conserva muy bien, señora Wendell. Mejor que mi abuela que está en el cementerio.

Jimmy soltó una fresca carcajada para paliar el efecto de las palabras de Mickey.

Señora Wendell —prosiguió—, nosotros, padres de familia, nos tenemos que preocupar de nuestros hijos, de su futuro, que cada vez es más incierto, de que ellos continúen la senda que nosotros empezamos. Por eso están tan necesitados de consejos. Pero los jóvenes de hoy son rebeldes, y es necesario que nosotros nos valgamos de la astucia para inculcarles ciertos principios que desconocen y que nosotros tenemos muy arraigados.

Jimmy hizo una pausa para cerciorarse de que la señora Wendell estaba en condiciones.

—Señora Wendell, por la insignificante cantidad de tres dólares anuales usted se podrá suscribir a nuestra revista. Ella le proporcionará la oportunidad de que usted pueda aportar nuestros profundos y sensatos conocimientos acerca del matrimonio a las mentes de esos seres que le son tan queridos y que hoy, por desgracia, se encuentran sin guía, una guía que es imprescindible a nuestro pueblo, a nuestra cultura.

La señora Wendell se llevó un pañuelo a los ojos. Los tenía llenos de lágrimas.

—Tres dólares... Aquí los tiene —los sacó del bolsillo.

Jimmy guardó el dinero e inmediatamente llenó el boletín de suscripción con los informes que la señora le dio entre suspiros.

—Gracias por haberse acordado de mí, señor Rogers.

Los dos amigos llegaron otra vez a la calle.

—¿Te has dado cuenta de cómo se hace, Mickey?

—Sí, pero todavía no lo creo.

—Muchacho, ya sabes que todo consiste en persuasión. Sencillamente en eso. Hay que ser decidido, muy decidido.

—¿Y dónde venden eso?

—No me gusta que seas tan derrotista, Mickey. Mírame a los ojos.

—Ya te miro.

—Repíteme lo que te voy a decir.

—Lo repetiré.

—Soy un hombre.

—Soy un hombre.

—Convenceré a la señora que se me presente.

—Convenceré a la señora que se me presente.

—Ya puedes seguir trabajando.

Mickey sonrió.

—¿De veras estoy preparado?

—De pies a cabeza.

Mickey se apartó alegremente de Jimmy y se fue hacia los números impares de la calle. Fue a entrar en el primero de ellos, pero de pronto un perro se lanzó hacia él pegando ladridos.

Mickey no había tenido en cuenta una situación como ésta, y se volvió para preguntar a su amigo acerca de lo que tenía que hacer. Y se sintió más desconsolado al ver que Jimmy estaba platicando con una hermosa pelirroja tres casas más arriba, en los números pares. La hermosa pelirroja invitó a Jimmy a entrar en la casa.

Mickey recordó las palabras de Jimmy. Tenía que ser decidido, muy decidido.

Pasó de largo el jardín defendido por el perro y entró en el siguiente, en el número 3.

Y el destino quiso que fuese precisamente a una casa en donde diez minutos antes un hombre había estrangulado a su esposa, la cual se encontraba en aquellos momentos tendida en el sofá.

Mickey apretó el timbre de la puerta y, mientras esperaba, se puso a canturrear para darse ánimos.

En vista de que no le abrían, pulsó el timbre otra vez.

Al fin oyó un chasquido y la puerta se entreabrió.

Por el hueco, Mickey vio a un hombre de cabello gris y ojos grandes, defendidos con lentes de miope.

—No compro nada —dijo.

Fue a cerrar la puerta, pero Mickey empujó mientras gritaba:

—¡Paso al Instituto del Moderno Matrimonio!

El hombre de cabello gris hizo fuerza para evitar ser arrollado, pero no lo pudo conseguir porque en aquel momento Mickey desarrollaba la energía equivalente a un «Ford» modelo 1968.

—¿Qué hace?... ¡Cuidado, que me aplasta!

Mickey entró en la casa y se volvió hacia el hombre que le había abierto.

—Su nombre, rápido.

—¿Por qué?

—Para poder hablar con usted.

—Pero ya está hablando.

—Muy bien, lo llamaré Joe. Yo soy Mickey Donovan.

—Señor Donovan, no puedo recibirle.

—Qué bromista es usted. Ya me ha recibido.

—Pero se tiene que marchar ahora mismo.

—En cuanto le haya solucionado su conflicto conyugal, Joe.

Los ojos del miope se agrandaron.

—¿Qué?

—Necesita muchos consejos, Joe.

—¿Usted cree?

—Ya lo creo que creo...

—¿Y cómo lo sabe?

—Basta verle la cara.

—¡No!

—Usted tiene un hogar feliz. Su mujer y usted se llevan como éste y éste —al tiempo que así decía Mickey montó los dedos índice y corazón de su mano derecha.

Instintivamente, el otro desvió los ojos hacia su mujer, que estaba estrangulada en el sofá.

Mickey también miró en aquella dirección y al ver a la mujer preguntó:

—¿Duerme?

—Sí, señor —tartamudeó el asesino.

—Qué suerte tiene... Quiero decir que se le nota que es una mujer feliz.

—Sí, señor. Es muy feliz. Y como no tenemos problemas, no hay

ningún conflicto. No tiene nada que solucionar aquí, señor Donovan. Marta y yo formamos un matrimonio ejemplar. Le deseo más suerte en otro intento. Buenos días, señor Donovan.

Sin embargo, Mickey no se movió para salir. Alargó la mano y pellizcó un trozo de hígado de su interlocutor.

—No sabe por qué vine, amigo. No se trata de su mujer, ni de usted.

El miope pegó un grito y se retiró de Mickey masajeándose la parte pellizcada porque tuvo la impresión de que lo había atrapado una grúa gigante.

—¿Por qué vino entonces?

—Por su hija, la casadera.

—No hay hija.

—Por su nieta.

—No hay nieta.

Mickey se desconcertó unos instantes y hasta frunció el ceño, pero enseguida dijo:

—Será mejor que despertemos a su mujer.

Echó a andar hacia el sofá donde estaba la muerta.

Sólo llegó a dar dos pasos porque oyó el aullido de una sirena.

—¡La policía! —gritó.

Al volverse notó que el aullido había salido de la boca del llamado Joe. Éste se había puesto rojo.

—¿Dónde está la policía?... ¿Dónde?

—Me confundí, Joe.

—¿Para qué quiere despertar a mi mujer?

—Para hacerle la propaganda. A mí me pagan y yo tengo que hacer la propaganda.

—Hágamela a mí, señor Donovan.

—Es usted muy amable, Joe.

—Mi nombre es Harold Hoffman.

—¡Qué lástima!... Me gustaba más Joe.

—No se preocupe, puede seguir llamándome Joe.

Mickey se acercó a Hoffman y le pasó uno de sus fuertes brazos por los hombros.

—Oiga, ¿está seguro de que no quiere que nos oiga su mujer?

—Desde luego. Estoy completamente seguro.

—Es usted un pillín.

—¿Un pillín?

—Señor Hoffman, no le voy a hablar de pelirrojas ni de rubias, sino de mujeres decentes.

—Qué bueno —dijo Hoffman sin pizca de entusiasmo.

—Nosotros, padres de familia, tenemos que preocuparnos por nuestros hijos... Después de nosotros van ellos. Métaselo en la cabeza, señora Wendell... Los jóvenes de hoy han salido muy rebeldes y nosotros hemos de arreglarlo todo. ¿Por qué, señora Wendell?

Porque somos tipos responsables.

Hoffman miró a su espalda.

—¿Dónde está la señora Wendell?

—Era una forma de hablar, Joe... Es que estoy acostumbrado a hablar con mujeres. Por eso no tengo más remedio que despertar a la señora Hoffman, y será mejor que no chille, porque no va a conseguir nada.

Mickey fue al diván y cogió un brazo de la señora Hoffman. El brazo estaba inerte.

—Demonios, duerme como una piedra.

Harold Hoffman se había puesto blanco como el yeso.

—Déjela.

—No me da la gana.

—No tiene usted ningún derecho a despertar a la pobre Marta.

—Usted no me sirve.

—¿Por qué?

—Porque no me escucha.

—Claro que lo escucho.

—Me arma muchos líos. De pronto se puso a preguntar por la señora Wendell.

—No volveré a preguntar por ella.

—Sus promesas no me sirven.

Mickey se puso a palmear la mano de la difunta.

—Despierte, señora Hoffman... Despierte... Y no se pierda lo que hay aquí.

—¡Señor Donovan, compro lo que sea! —exclamó el asesino.

—Lo dice como si fuese a comprar cualquier cosa.

—Juro que se lo compro.

—¿Compraría usted el puente de Brooklyn?

—¡Comprado!

—¡Maldita sea, las ocasiones que pierde uno!

—Por lo que más quiera, dígame qué vende.

—Una suscripción.

—¿A qué?

—A la revista *El Ajuar de la Casadera Decente*.

—Yo soy la Casadera Decente.

—Señor Hoffman, ¿es usted de éstos?

—Quiero decir que le haré una suscripción.

—Son tres dólares.

—Ahora mismo le pago los tres dólares.

Hoffman metió una mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes. Corrió al lado de Mickey, le quitó el brazo de su mujer, que dejó caer en el sofá, y puso el dinero en la mano de Donovan.

—Aquí hay más de tres dólares, señor Hoffman... Son nueve.

—¡Quiero tres suscripciones!... Estoy seguro de que su revista es maravillosa.

—Aquí la tiene, señor Hoffman.

Mickey le dio un ejemplar de la revista patrocinada por Harry Gow.

—Muchas gracias, señor Donovan. Y ahora adiós.

Lo empujó hacia la puerta y Mickey se dejó conducir.

De repente se detuvo y Hoffman ya no lo pudo mover porque el gigantón pesaba mucho.

—¿Qué pasa ahora?

—Debo rellenar los boletines.

—No se preocupe. Ya los rellenará otro día.

—De ninguna forma, señor Hoffman. Usted pagó nueve dólares y debo rellenar los tres boletines. No trate de enseñarme cuál es mi deber.

Mickey se sentó ante una mesa y sacó los boletines de suscripción y un bolígrafo.

—Harold Hoffman, ¿eh?

—Sí, señor Donovan. Bueno, mientras usted hace su trabajo, yo voy a llevar a Marta a la cama.

—Y dele algo. Está muy fría...

—Oh, sí, le daré *whisky*.

—Tendrá que darle una botella porque estaba como el hielo.

—Sí, señor, le daré una botella.

Hoffman cogió el cuerpo flácido de Marta y desapareció por un corredor.

## CAPÍTULO III

Mickey quedó a solas haciendo los boletines. Sonreía porque estaba muy satisfecho. Ya estaba deseando encontrarse con Jimmy. ¿Cuántos boletines habría conseguido Jimmy de la pelirroja? Apostó a que no tantos como él.

Estaba terminando de rellenar el tercer boletín cuando apareció Hoffman frotándose las manos.

—¿Ya acabó, señor Donovan?

—Sólo falta su firma.

—Firmaré con mucho gusto.

Hoffman se sentó ante la mesa y firmó el primer boletín.

Se interrumpió al ver que Mickey estaba olfateando la atmósfera.

—¿Qué le pasa, señor Donovan?

—Chamusquina.

—¿Eh?

—Se está quemando algo.

—No puede ser. No encendí la cocina.

Hoffman firmó el segundo boletín.

Mickey se levantó mientras seguía olfateando la atmósfera.

—Le digo que se está quemando algo, señor Hoffman.

—No, hombre.

Mickey, inspirando profundamente, echó a andar y fue hacia el corredor.

Hoffman se quedó inmóvil, aterrado.

Mickey cruzó el corredor y entró en una cocina. Como había dicho Hoffman, ninguno de los fogones estaba en marcha.

Vio una puerta entreabierta. Por ella llegaba aquel olor fuerte a chamusquina. Pasó por el hueco y llegó a un patio.

Gritó al ver que un cuerpo humano estaba ardiendo con grandes llamas. El cuerpo era el de la señora Hoffman.

Dio media vuelta y echó a correr mientras gritaba:

—¡Se quema su mujer, señor Hoffman!... ¡Se quema su mujer!

Entró en el *living* con la velocidad de una máquina exprés.

Pero allí ya no estaba Harold Hoffman.

Mickey se sintió hombre perdido.

—¡Jimmy!... ¡Jimmy!

Salió a la calle después de cruzar el jardín. Corrió por el lado opuesto al que debía hacerlo, pero frenó unos metros más allá al darse cuenta, y por fin lo hizo por el lado bueno.

Llegó al porche de la casa de la pelirroja y tocó el timbre insistentemente.

—¡Jimmy!... ¡Jimmy!

Pasaron dos minutos y le abrió Jimmy.

—¿Qué pasa, Mickey?

—Una mujer.

—Enhorabuena, yo tengo otra.

—La mía arde.

—Mickey, eso no se dice.

—¡Te lo juro!... ¡Puro fuego, Jimmy! ¡Puro fuego!

—Tranquilízate, no te siguió.

—Claro, la pobre no podía...

—Pero ya te libraste de ella. Continúa haciendo las suscripciones.

—Hice tres, Jimmy.

—Estupendo.

—Es lo que me dije yo antes de oler a chamusquina.

—No lo tomes demasiado en serio. Nuestra profesión tiene esas cosas. Y ahora, adiós.

Debo continuar mi trabajo.

Jimmy cerró la puerta y dejó a solas a su amigo en el porche.

Mickey bailoteó sobre los dos pies al oír una sirena policíaca.

—¡Señor Hoffman! —gritó, volviéndose.

No, Hoffman no estaba allí. Esta vez la sirena era auténtica.

El coche patrulla de la policía hizo crujir los neumáticos al frenar ante la casa de los Hoffman.

Salieron dos agentes del coche patrulla. Una señora de edad fue al encuentro de los agentes desde la casa vecina.

—Es en el patio, señor agente... Está ardiendo algo. Por eso les

avisé. Vi salir a un hombretón... Mírelo, allí está —estaba señalando a Mickey.

Éste se había quedado sin sangre en las venas. Si algo había en el mundo que lo aterrorizaba, era un policía.

—Eh, usted —le dijo el agente—. Venga acá.

Mickey bajó el porche como un sonámbulo.

—¿Cuál es su nombre?

—Mickey Donovan, y tiene usted una suerte por toneladas, agente, porque soy nada menos que inspector.

—¿De policía?

—No, del ajuar.

—¿Qué ajuar?

—De la mujer decente.

—¿De qué habla?

—De los hijos.

—¿Qué hijos?

—De los suyos... ¿Cuántos tiene?

—Tres.

—Le felicito, agente. Es usted un hombre feliz, pero debe preocuparse por los hijos. Pueden ser unos canallitas. Pero aquí estoy yo para arreglarlo. Suscríbase a la revista del *Bebé que se va a casar*.

El agente había fruncido el ceño y miraba a Mickey como si fuese un bicho extraño. El otro agente llegó corriendo y se detuvo jadeante. Homicidio, Paul.

—¿Cómo?

—Le pegaron fuego a una mujer.

La vecina había ido tras del segundo agente.

—¿Se refiere a la señora Hoffman?

—Me refiero a la mujer que encontré en el patio de esa casa. La rociaron con petróleo y le pegaron fuego.

La vecina levantó la mano y señaló a Mickey.

—Ahí tiene al asesino.

Mickey se sintió morir.

El agente llamado Paul preguntó:

—¿Avisaste a la brigada, Martin?

—Desde luego. Estarán aquí en unos instantes.

Paul apretó los dientes mientras observaba el rostro demudado

de Mickey.

—¿Qué cuento trataba de colocarme, Donovan? Mickey acertó a sacar del bolsillo un manojo de boletines de suscripción y ejemplares de la revista de *El Ajuar de la Casadera Decente*.

—Aquí lo tiene —tartamudeó.

—¿Qué es eso?

—Suscripciones para usted y su familia. Todo gratuito.

—Conque quiere sobornarme, ¿eh? —Lo confesaré todo.

—Eso está bien. Empiece, Donovan.

—Fui allí —señaló la casa del crimen.

—Continúe.

—Ella estaba en el diván. Dormía.

La vecina intervino:

—Es un sátiro, agente. Yo los conozco bien... Es un sátiro.

—Cállese, señora Holmes. Ahora está hablando el acusado.

—Es repugnante lo que hizo, y por eso no me puedo estar callada. La señora Hoffman dormía y él abusó de ella.

—¡Protesto! —gritó Mickey.

—¿Por qué protesta? —inquirió el agente Paul.

—Yo no soy lo que esa bruja dice. Entré en la casa por las buenas.

—¿Y qué más?

—Me comporté muy bien. Como una persona decente. Ella seguía en el sofá.

—Creo que lo entiendo. Usted creyó que dormía, pero no dormía.

—Eso es.

—Entre ustedes dos se inició un romance, pero luego ella se arrepintió y entonces usted perdió la cabeza. ¡Y fuego con ella!

—¡No sea bruto, hombre!

—¿Insultos a la autoridad? Muchacho, se está echando encima todo el código.

Se oyó otra sirena.

Un nuevo coche de la policía apareció zumbando y se detuvo detrás del primero.

Se abrieron las portezuelas y el coche escupió a los representantes de la Brigada de Homicidios.

El agente Paul exclamó triunfante:

—Teniente Parker, ya lo tenemos.

Un hombre de unos cuarenta años, rechoncho, de cara llena de protuberancias, se acercó al grupo donde se encontraba Mickey Donovan.

El agente Paul habló por lo bajo al teniente, y éste sacudió dos o tres veces la cabeza mientras tenía los ojos fijos en Donovan.

Los otros policías que habían llegado en el segundo coche se habían metido en la casa de Hoffman.

Paul terminó de informar a su superior y éste se acercó a Mickey.

—Por fin lo atrapamos...

—Aquí hay un malentendido, coronel —dijo Mickey.

—No soy coronel, soy el teniente Jacob Parker de la Brigada de Homicidios... Nos ha dado usted que hacer, Donovan, y esta vez se cumplió el proverbio. A la tercera va la vencida.

—No lo entiendo, capitán Parker.

—Teniente Parker.

—Usted está errado, teniente Parker.

—Conque sí, ¿eh?... Ha cometido una torpeza. Todos los asesinos como usted terminan por cometerla. Y le voy a decir una cosa, Donovan... Si usted se hubiese conformado con asesinar a las dos primeras mujeres, es posible que no lo hubiésemos cazado... Fue muy listo al matar a sus dos anteriores esposas. Bueno, quizá haya matado a otras con anterioridad, pero yo me refiero a las dos que constan en nuestros archivos.

A Ana Harrison y a Elizabeth Reynolds...

—¿De qué me está hablando, sargento Parker?

—No siga por ese camino, Donovan. De un momento a otro me hará cabo.

—Soy inocente. ¡Soy inocente!

—Ha montado un buen número, Donovan.

—No sé a qué número se refiere.

—Al del idiota.

—No empecemos con los insultos. Yo todavía no le he dicho que tiene cara de caballo.

—Desahóguese, Donovan —rió con sarcasmo el teniente Parker —. Tiene derecho antes de que lo metamos en la silla.

—¿Qué silla?

—La que más quema.

—¡No! ¡Yo no quiero arder como la señora Hoffman!

—Le diré otro proverbio, Donovan: «El que a hierro mata a hierro muere».

—Yo sé otro. «Dime con quién andas y te diré quién eres». Es lo que le pasó a usted, cabo Parker... Se mezcló con policías y mire cómo ha acabado.

El teniente Parker hizo un movimiento rápido, y Donovan se encontró esposado.

—Eh, quítame esto.

—Se lo quitaré.

—Gracias.

Cuando llegue a la celda.

—¡Jimmy! —gritó Mickey, volviéndose hacia la casa de la pelirroja.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Jimmy. Pero no estaba solo. La pelirroja le pasaba un brazo por el cuello.

Todos los policías y Donovan se quedaron mirando a la pareja.

—Jimmy —dijo la pelirroja—. Vuelve pronto para hacerme otra suscripción.

## CAPÍTULO IV

—¡Jimmy! —gritó Mickey—. Mira lo que han hecho conmigo.

Jimmy Rogers se acercó con el ceño fruncido al grupo integrado por su amigo y los policías.

—Mickey —dijo—, te he dicho muchas veces que elijas a tus amigos.

—No los elegí yo. Te lo aseguro, Jimmy. Ya sabes que los policías y yo nunca nos entenderemos.

El teniente Parker inquirió:

—¿Quién es este hombre, Donovan?

—Mi socio, Jimmy Rogers.

—Un cómplice, ¿eh? Imaginaba que no podía hacer sus trabajos solo.

—¿De qué trabajo habla, polizante? —preguntó Jimmy.

—Soy el teniente Parker. Su amigo me hizo hasta cabo. No me convierta usted en agente de tráfico o se lo hago pagar.

—No podrá ponerme una multa, agente —contestó Jimmy—. Vinimos en autobús y aparcó bien.

Parker hizo un gesto feroz.

—Lo detengo como cómplice, Rogers.

—¿De qué?

—De un homicidio. Puede que de asesinato en primer grado.

—Usted es un soñador, teniente.

—Y seguro que ronca —puntualizó Mickey, que estaba, recuperando la serenidad desde que llegó su amigo.

—Todo lo que digan les será tenido en cuenta —repuso Parker, dando una dentellada en el aire.

—¿A quién mataste, Mickey? —preguntó Jimmy.

—A nadie.

—Ya lo oyó, teniente. Quítele las esposas. Y es una orden.

El teniente Parker dio un paso hacia Mickey para quitarle las

esposas, pero reaccionó enseguida.

—Fue un buen truco, Rogers, y con él se ganó sus esposas. —No podrá.

—Ahora lo veremos.

—Tengo una coartada.

—¿Qué coartada?

—Estuve todo el rato con la pelirroja que vieron antes. —  
¿Cuánto rato?

—No cronometro ciertas cosas, teniente —repuso Jimmy con la barbilla levantada—. Mi sentido de la moral no me lo permite.

Un hombre llegó de la casa de los Hoffman.

—¿Qué tal, sargento Curtis? —preguntó Parker.

Convertida en un tizón, como las otras.

Pero esta vez llegamos a tiempo.

El sargento Curtis era un hombre delgado y alto, con cara triste. Después de echar un vistazo a Donovan, dijo:

—Se nota que es un asesino sin entrañas. Lo habría identificado entre un millón. Basta mirarle a los ojos para saber que es un sádico... Y ahora se hacía llamar Harold Hoffman.

—Ha dicho llamarse Mickey Donovan, pero puede que tampoco sea su verdadero nombre.

Jimmy se echó a reír.

—Teniente, ¿soluciona así sus casos?... Si la respuesta es afirmativa, le doy mi más sentido pésame al cuerpo de policía.

—¿Ya acabó su chiste?

—No era un chiste.

—Cuidado, Rogers. Suponiendo que tenga una coartada, lo puedo detener por ofensas a la autoridad.

—Soy un contribuyente, teniente. Su sueldo sale de mi bolsillo. No se extralimite o le echaré encima a todos los periódicos de la ciudad.

—Sargento —dijo Parker—, vaya a hablar con esa pelirroja. Quiero saber lo que Rogers hizo allí dentro y de cuánto tiempo dispuso.

—Teniente —repuso Jimmy—, se va a ir al infierno.

Parker arrugó la nariz como si oliese a podrido.

—Vamos a la casa del crimen. Sargento, reúname allí con nosotros.

Todos fueron a la casa de Hoffman, excepto Curtis.

Llegados al patio, Mickey lanzó un grito de honor al ver en qué se había convertido la señora Hoffman.

—¿Se asusta, Donovan? —le preguntó el teniente Parker con sarcasmo.

—Mickey —dijo Jimmy— ¿por qué no me lo cuentas todo? Y por favor, no olvides los detalles.

Mickey le contó la historia.

El sargento Curtis regresó de casa de la pelirroja, y el teniente Parker preguntó con avidez:

—¿Podemos encerrar a Rogers, sargento?

—Será mejor que desista, teniente. Jimmy Rogers tiene una coartada tan grande como el Empire State.

—¡Infiernos con la pelirroja!

—Yo también he soñado con una como ella, teniente.

—Le prohíbo que hable de esa forma, sargento.

Jimmy se aproximó a ellos.

—Teniente, le sugiero que llame a Harry Gow.

—¿Quién es Harry Gow?

—Nuestro patrón. —Jimmy le dio el número.

El teniente hizo la llamada y Harry Gow se presentó quince minutos más tarde.

Al ver a Donovan esposado, gritó:

—¡No te dije que matases a alguien si no hacia la suscripción!

El teniente Parker se dio a conocer.

Señor Gow, ¿conoce a estos tipos?

—Demasiado. ¿Y sabe lo que le digo, teniente? Que ojalá no los hubiese conocido... —Harry es así de agradecido, teniente— intervino Jimmy. —Lo hemos salvado de la ruina muchas veces y ya ve cómo lo paga.

El teniente se llevó a Harry a un rincón y estuvo hablando con él durante unos minutos.

Finalmente, Parker regresó junto a Mickey y Jimmy.

—Usted queda libre, Rogers, pero me llevo a Donovan.

—¿Cuál es el cargo?

—Presunto asesino de la señora Hoffman.

—No va a ganar una medalla por eso.

Jimmy palmeó a su amigo en la espalda.

—No te preocupes, Mickey, te sacaré.

—Me aplicarán el tercer grado, Jimmy. Querrán que confiese que yo maté a todas esas personas.

—No, hombre, no te harán ningún daño, ¿verdad, teniente?

Parker apretó los dientes mientras decía:

—No hará falta. Todo está demasiado claro.

—No sabe lo que dice, teniente. Hubo un señor Hoffman. La vecina lo vio varias veces y ese señor Hoffman no era Mickey.

La vecina, que se llamaba Pamela Jones, dijo:

—Es cierto, teniente Parker. Este hombre tan grande no se parece nada a Harold Hoffman. Se lo aseguro.

El teniente Parker se puso tan triste como el sargento Curtis.

Jimmy martilleó aprovechando la oportunidad.

—Mickey se metió aquí por puro azar. Sólo le interesaba lograr una suscripción a la revista *El Ajuar de la Casadera Decente...* A propósito, Parker, ¿tiene hijos?

—No, no soy casado.

—Le pregunté si tenía hijos.

—¡Rogers!

—Lo decía por si le interesaba una suscripción. Es una revista modelo que ayuda a mantener la paz en el hogar y los buenos principios en los hijos. Debemos crear una nueva sociedad. La nuestra está corrompida. ¿Y a qué se debe esa corrupción?... Yo les contestaré, damas y caballeros, a que hemos olvidado todo aquello que contribuyó a que Estados Unidos de América fuese una gran nación. Por eso la revista *El Ajuar de la Casadera Decente*, viene a proclamar las más sólidas razones que contribuirán a que los esposos del mañana estén más unidos.

—Quiero una suscripción —dijo la señora Jones.

—Yo otra —exclamó el agente Paul.

—Otra para mí —dijo un técnico en huellas dactilares.

—Yo también quiero otra —dijo Harry Gow hecho un lío.

El teniente Parker pegó una patada en el suelo.

—¡Basta, Rogers!

Luego quitó las esposas a Mickey.

Tienen cinco segundos para echar a correr. Lárguense antes de que me arrepienta. Jimmy cogió del brazo a su amigo y lo empujó hacia la calle. Llegados a ella, movieron rápidamente las piernas.

—No me lo puedo creer, Jimmy —dijo Mickey.

—Pues créetelo porque eres libre como los pájaros.

—Es cierto, y podremos continuar las suscripciones.

—No. Las suspenderemos por un rato.

—¿Por qué?

—Porque me interesa lo relacionado con ese asesino.

—¿Quieres decir que vamos a ir otra vez a la policía?

—No nos hace falta la policía para lograr esa información. ¿No recuerdas a Sam Mills?

—¿El periodista de Miami?

—Sí, pero ya no trabaja en Miami. Lo contrataron en el *Star*, de Nueva York.

—No me gusta, Jimmy.

—¿Por qué no?

—Porque me veo otra vez metido en el lío ahora que salimos de él.

—No tienes por qué quejarte. Todo salió bien.

—Pero ¿qué vamos a conseguir con saber algo más acerca del asesino de la señora Hoffman?

—Quizá den una recompensa. Nos lo dirá Sam Mills.

Tomaron otro autobús y fueron hasta el centro de la ciudad, donde se ubicaban las oficinas del *Star*.

Sam Mills era un hombre de cincuenta años, de cabello rojizo y cara pecosa. Estaba sentado en una mesa con muchos teléfonos y, al ver a Jimmy y a Mickey, se guardó en el bolsillo la estilográfica.

—Sam, qué alegría, ¿cómo te va? —exclamó Jimmy, sonriente.

—No juego a los dados.

—¿Ya te retiraste?

—No, pero no volveré a jugar contigo. No he podido olvidar aquella noche en Miami.

Me dejaste en paños menores.

—Pero te presté un dólar para que te compraras un barril.

—Conseguí uno por cincuenta centavos.

—¿Qué sabes del asesino Hoffman? Y me estoy refiriendo a Harold Hoffman.

—Pues que un tipo grandote se entrometió... Eh, ¿cómo sabéis eso? —Se quedó mirando fijamente a Mickey y lo señaló con el dedo—. Tú eres el tipo grandote.

—Lo es —contestó Jimmy, porque Mickey se había quedado mudo.

—¡Formidable! Cuéntamelo, Mickey.

—Primero lo tuyo, Sam —propuso Jimmy—. Quiero saber cuánto se refiere a los asesinatos que Harold Hoffman o como quiera que se llamase en sus otras faenas.

—Hay muy poco que contar. Siempre ha cometido sus crímenes en Nueva York. ¿Cómo no estabais enterados?

—Mickey y yo estuvimos pasando unas vacaciones en Texas. Volvimos la semana pasada.

—El primer crimen se cometió hace seis meses. Entonces el asesino se llamaba John Bronx. Se había casado con Ana Harrison dos semanas antes en Filadelfia, y se vinieron a vivir a Nueva York. Las víctimas siempre reúnen unas condiciones especiales. Ana Harrison no tenía familia. Trabajaba como mecanógrafa en una casa de seguros. Y tenía ahorros. Eso es importante. Bronx le hizo sacar el dinero del Banco en Filadelfia. Y no existen pruebas de que Ana Harrison lo volviese a ingresar en cualquier Banco de aquí.

—¿A cuánto ascendían sus ahorros?

—A diez mil quinientos dólares.

—No está mal. Un buen bocado. ¿Cómo la mató Bronx?

—La quemó en un cobertizo de la parte trasera de su casa.

—Imagino que alguien vería a John Bronx.

—Varias personas.

—¿Y cómo era?

Mickey intervino:

—Ya te lo describí yo.

—Pero quiero que me lo describa Sam.

—Talla mediana, cabello rubio.

—No era rubio —dijo Mickey—. Tiene el cabello gris y usa gafas.

—John Bronx no usaba gafas.

—Lo vi bien, Sam. Sus gafas eran de miope.

Jimmy rezongó:

—Está claro, muchachos. Ese hombre utiliza un disfraz distinto cada vez que mata. —Es cierto— asintió Sam. —La descripción de John Bronx no corresponde tampoco con la de Frank Wester, su supuesto asesino de la segunda víctima, Elizabeth Reynolds—. ¿De

dónde la sacó esa vez?

—De Boston.

—Vaya, se fue a la crema.

—Elizabeth Reynolds había pertenecido a la crema, pero ya no. Porque formó parte de una familia distinguida, pero su padre se arruinó. Por fortuna, Elizabeth salvó unos quince mil dólares del desastre.

—Yo diría por desgracia, puesto que los quince mil dólares es lo que buscaría el asesino.

—Tienes razón, Jimmy.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace tres meses.

—Y la trajo aquí.

—Sí, Jimmy. La mató a los diez días de llegar a Nueva York.

—Quizá era más fea Elizabeth que Ana.

—Nunca son feas, aunque tampoco son bellezas. Digamos que son mujeres normales.

—Y la hizo arder.

—Hasta la punta de los pies. Pero, como en el caso de Ana Harrison, se pudo comprobar en la autopsia que había sido estrangulada antes de ser sometida al fuego purificador.

—¿Cómo era esta vez el asesino?

—Un hombre moreno, con la misma edad de siempre, unos treinta y cinco años. Usaba gafas, pero no de miope, sino de sol, y también tenía bigotito. Ese hombre sabe lo que se hace. Será difícil que la policía de con él. —Sam hizo una pausa—. Bien, Mickey, ahora te toca a ti. Suéltalo todo.

Mickey contó su intervención en casa de los Hoffman. Sam había puesto en marcha un magnetofón.

Terminada sus manifestaciones, Mickey dijo:

—Tengo más hambre que el perro de un vagabundo, Jimmy. Vamos a comer algo o me caeré redondo.

—Trato hecho... Espera un momento. Eh, Sam, ¿cuánto estarías dispuesto a pagar por la captura del asesino?

—No somos de la policía.

—La captura incluirá las crónicas con la confesión del asesino. Ya sabes, el relato de cómo se las ingenió para enamorar a las chicas hasta el punto culminante del estrangulamiento y las

antorchas vivientes.

—Tendré que hablar con el director.

—Habla, te esperamos.

Sam se marchó y regresó al cabo de cinco minutos.

—Cinco mil dólares, Jimmy.

—Es muy poco.

—Es una fortuna.

—Que sean diez mil.

—Ni lo pienses, Jimmy.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Os haréis cargo de los gastos. Quiero los cinco mil limpios.

Sam se pellizcó la barbilla durante unos segundos y al fin dijo:

—Correcto, pero yo también te pondré una condición, Jimmy.

Me llamarás en cuanto hayas cazado al asesino. Aunque creo que es una bravata tuya.

—Nos veremos pronto —dijo Jimmy con una sonrisa.

Los dos amigos se marcharon del periódico y poco después se encontraban en un restaurante automático.

Mickey no dijo una palabra hasta haber despachado tres raciones de carne.

—Jimmy, ¿piensas dedicarte de veras a la caza de ese asesino?

—Seguro.

—Pero ¿cómo lo vas a encontrar?

—Buscándolo.

—Puede estar en Alaska.

—No, no está allí.

—¿Acaso sabes dónde está?

—Sí.

—¿Dónde?

—En una ciudad más o menos cercana a Nueva York, preparando su próximo matrimonio. En cualquier parte hay una mujer de parecidas condiciones a la señora Hoffman, a Elizabeth Reynolds, a Ana Harrison. Una mujer con ilusiones que está a punto de ser engañada. Y ni por un momento podrá imaginar que su cuello será tronchado y luego su cuerpo convertido en cenizas... ¿Quién será esa mujer, Mickey?

## CAPÍTULO V

Doris Robbins se puso saliva en la carrera de la media. Sintió deseos de echarse a llorar. Un hombre la había golpeado con la maleta produciéndole aquella carrera, y le había ido a ocurrir cuando estaba esperando a Romeo. Sí, ése era el nombre que su anónimo comunicante le había dado. A su anuncio le habían contestado seis hombres y ella, entre los seis eligió a Romeo porque su carta le había emocionado mucho. Otra vez recordó su contenido.

«Vivo tan solitario como usted, Doris. Soy un hombre muy sensible, pero nadie me comprende. Soy incapaz de hacerle daño a una hormiga. Me gustan todos los animales y también me gustan las flores. A veces doy paseos por el campo y observo la naturaleza. Es maravillosa, Doris. Me pregunto por qué los hombres son tan crueles unos con otros. Nuestras ciudades están llenas de ponzoña, de un veneno contagioso. Es difícil permanecer sano mucho tiempo. Yo creo que estoy sano y que usted también lo está. Por eso debemos conocernos. A mí me bastaron sus palabras escritas para saber que es usted una mujer delicada. No me importa que no sea bella físicamente porque para mí es mucho más importante la hermosura del alma. No obstante mis deseos de conocerla, yo respetaré los suyos. Si decide ignorarme, desde ahora sabe que cuenta con un amigo».

Y luego estaba la firma: Romeo.

Por fin lo iba a conocer.

No, no le daba tiempo a comprarse otras medias, aunque había

visto un almacén muy cerca de la entrada de autobuses, porque aquél era el lugar donde ella finalmente lo había citado.

¿Cómo sería él? ¿Alto? ¿Bajo? ¿Guapo? ¿Feo?

A ella sí le interesaba la belleza del exterior, porque se sabía bella.

Se dio cuenta de que había bajado el libro con las obras completas de Shakespeare, y levantó el grueso tomo a la altura de su pecho.

—Hola, guapa. Seguro que me esperas a mí.

El hombre que le hablaba era alto y tenía una sonrisa irónica en los labios.

—Siga su camino —le contestó ella, porque consideró imposible que fuese Romeo.

—Contigo iré al fin del mundo, muñeca.

—Lárguese y déjeme en paz.

El la tomó del brazo sin dejar de sonreír.

Entonces oyó una voz ronca:

—Suelte a la señorita.

Doris vio a un hombre de talla normal, rostro de facciones varoniles, cabello y ojos negros.

—¿Qué mosca le picó a usted? —dijo el que la había requebrado.

—Ella me espera a mí.

—¿Por qué?

—Porque es mi novia.

—No me diga.

—Se lo estoy diciendo, a menos que quiera saberlo de otra forma.

—¿Cuál?

—Así —dijo el segundo hombre y pegó un puñetazo al otro en el estómago.

El efecto fue fulminante.

El hombre que había recibido el golpe, retrocedió gimiendo, cogiéndose el estómago con las dos manos.

—Hombre, podía haberlo dicho... Yo no tengo interés en la chica.

Entonces, el que le había dado el golpe tomó a Doris por el brazo y dijo:

—Salgamos de aquí, Doris. Yo soy Romeo.

Doris no dijo nada y se dejó conducir como si caminase sobre una nube.

Ya llevaban un rato por la calle, cuando él detuvo a la joven y la miró a los ojos. Estaba muy serio.

—Disculpe lo ocurrido, Doris. Quizá ha sacado una falsa impresión con respecto a mí. No soy violento como ya le decía en mi carta. Pero no puedo soportar los abusos de la gente que sólo sabe emplear la fuerza. De todas formas, es usted libre de que nos separemos ahora mismo.

Doris sintió un alegre cosquilleo en la espalda. La voz de aquel hombre era maravillosa.

Y también lo era su forma de hablar.

Se dio cuenta de que él estaba esperando su respuesta.

—Oh, no quiero que se separe de mí, Romeo... A propósito, me gustaría llamarlo por su verdadero nombre.

—Richard Wolf, Richard para usted.

Media hora más tarde ya se tuteaban.

Estaban cenando en un restaurante húngaro, con velas encendidas, con música de violines.

Doris se dijo que hacía tiempo que no lo pasaba tan agradablemente.

—Cuéntame tu vida, Richard.

—Es muy vulgar.

—Quizá lo sea para ti, pero estoy segura de que yo la voy a encontrar interesante.

—Me temo que te voy a decepcionar. Nací en San Francisco. Mis padres eran muy humildes. Los perdí muy pronto y me puse a trabajar. No tenía hermanos. Pasé de un sitio a otro, sin pena ni gloria. Hice de todo. Unas veces trabajaba con las manos, otras con la cabeza. De noche iba a una academia. Quería ser algo. Pero cuando creí encontrarme capacitado, tropecé con la mayor dificultad. Las personas son muy egoístas. Todos piensan en sí mismos. Jamás te ayudan si no es en su provecho. De todas formas, me abrí camino. Pero tuve que instalar mi propia oficina. Agente de Bienes Raíces. Gané algún dinero y un día me dije que tampoco esa profesión me satisfacía, siempre oyendo a mi alrededor las mismas frases, la rutina... Decidí escribir. Eso era lo más importante para

mí. Sería novelista. Bueno, eso ocurrió hace unos meses. He empezado varias obras, pero unas veces me detengo en el folio cuatro, otras en el veinte... Quizá me he equivocado.

—No, Richard, creo que no.

—¿Por qué estás tan segura?

—Algo en mi interior me dice que has nacido para ser escritor. Quiero leer algo tuyo, Richard.

—No vale la pena.

—Insisto.

—Está bien.

—¿Mañana?

—Será mañana.

Richard puso su mano sobre la de ella y la apretó suavemente. Ella sintió otra vez aquel delicioso escalofrío en la espina dorsal.

—Oh, perdona —dijo Richard y retiró su mano.

Doris le hubiese querido decir que pusiese otra vez su mano sobre la de ella y que apretase como la había apretado, pero habría sido poco formal por su parte.

—Ahora te toca a ti contarme tu vida, Doris —dijo él.

—Tampoco he tenido hermanos y lo mismo que tú, perdí a mis padres siendo muy joven. —Almas gemelas.

—Sí, Richard, creo que lo somos. El último en fallecer fue mi padre. Había tenido un buen negocio. Era importador de café y me pudo dejar algo...

—De modo que eres una capitalista...

—No, no me considero así. Trabajo.

—Pero quizá lo hagas por distracción.

—No quería tocar mi herencia y por ello decidí trabajar. Gano un buen sueldo. Me basta para cubrir mis necesidades y hasta ahorro un poco.

—¿Dónde trabajas?

—En una librería.

—Claro, no podía ser otra cosa. Por eso se te ocurrió elegir las obras completas de Shakespeare como señal para que te identificase.

—Me gusta Shakespeare.

—A mí también. Es mi autor favorito.

—Ya tenemos otra cosa en común.

—Seguro que iremos descubriendo algunas más.

Las descubrieron en días sucesivos. A él le gustaban las rosas rojas como a ella. Richard prefería las películas francesas e italianas a las de Hollywood, como a Doris. A él le gustaba pasear durante las noches por algún parque o calle solitaria, lo mismo que a ella.

Una semana después de haberse conocido en aquella ciudad, Buffalo, una noche mientras cenaban en el restaurante húngaro, él dijo de pronto:

—Te quiero, Doris.

Ella iba a cortar la carne y se quedó inmóvil mirándolo a los ojos.

—Lo siento, Doris, pero no podía ocultarlo más tiempo. He sufrido mucho pensando que no pudieses corresponder a mis sentimientos. Por ello he pensado decírtelo cuanto antes. Si tú no me quieres, me apartaré de tu lado sin ningún resentimiento. Te doy mi palabra.

—Richard, es lo más bonito que me han dicho en mi vida y yo también te quiero a ti.

—Me haces el hombre más feliz de la tierra.

El le volvió a coger la mano, como la primera noche, y se la apretó con calor.

—Quiero hacerte mi mujer, Doris.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes. Inmediatamente.

—Sí, Richard.

Al día siguiente, cuando se encontraron, Doris parecía muy feliz, pero Richard estaba huraño. Fueron a pasear. Apenas habían cambiado unas palabras y al fin ella preguntó:

—¿Qué te pasa, Richard?

—Estoy preocupado por ti.

—¿Por mí? ¿En qué sentido?

—No tengo ningún derecho a darte una vida infeliz.

—Richard, no te comprendo...

—Ya sabes lo que quiero. Ser novelista... No resisto la idea de que estés fuera de casa durante todo el día... Perdona, Doris, pero un artista necesita que alguien lo cuide y, si hay alguien que lo necesita con más intensidad, ése soy yo.

Doris le sonrió.

—¿Es tu problema?

—No hay otro. Quiero tenerte a mi lado constantemente. Saber que estás cerca.

—Entonces, me tendrás cerca siempre, Richard... Mañana mismo renunciaré a mi trabajo.

—Oh, no quiero que te sacrifiques por mí.

—No es ningún sacrificio. Todo lo contrario.

—¿Sabes lo que he soñado? Que tú y yo tengamos una de esas casas con jardín de Nueva York... Desgraciadamente un novelista debe vivir en Nueva York si quiere lograr el éxito. Allí están las editoriales más importantes. Es el centro del mundo artístico, intelectual... Ahora no puedo llevarte allí, pero cuando tenga dinero te compraré esa casa y estaré en el camino de convertirme en un escritor de categoría...

—Puedes tener esa casa, Richard.

—¿Eh?

—La podemos comprar.

—¿Te refieres a tu dinero?

—Sí, claro.

—No lo puedo consentir.

—¿Por qué no?

—Quiero ser yo el que la compre.

—Richard, no seas como un niño. Tengo fe en ti. Sé que vas a triunfar. ¿Por qué desperdiciar unos cuantos años? Estoy de acuerdo contigo en que necesitas vivir en Nueva York para seguir tu carrera. Te prohíbo que te opongas. Compraremos esa casa con mi dinero. Deja que yo haga algo por ti, ya que tanto has hecho por mí.

Una semana más tarde se casaban, y, para entonces, Richard ya había convencido a Doris para no comprar la casa. Era preferible alquilarla durante algunos meses para no precipitarse en la operación. Doris sacó sus ahorros del Banco. Diecinueve mil trescientos setenta y cinco dólares. Hicieron un corto viaje a Niágara Falls. Doris era feliz, muy feliz, y en aquellas circunstancias resultó también fácil a Richard quitarle la idea de ingresar el dinero en el Banco. El era un buen administrador, lo había sido desde que tuvo que valerse por sí mismo en la vida. Tenía un arca de hierro. Allí estarían bien guardados los casi veinte mil dólares. Y Doris aceptó porque estaba en el séptimo cielo, ya que había encontrado

al hombre soñado.

Pero Doris no sabía que había encontrado al asesino, al criminal que estrangulaba a sus esposas para luego prenderles fuego.

## CAPÍTULO VI

Habían pasado unas cuantas semanas desde el asesinato de la señora Hoffman.

Jimmy Rogers y Mickey Donovan habían conseguido muchas suscripciones para *El Ajuar de la Casadera Decente*.

Jimmy no había adelantado nada en su investigación con respecto al asesino.

Y la Brigada de Homicidios se encontraba en las mismas condiciones que él.

La policía había seguido la pista del agente de Bienes Raíces que alquiló la casa al matrimonio Hoffman, pero la tuvo que abandonar enseguida porque empezaba y terminaba allí, en la oficina del agente Norman West. Éste había recibido a los Hoffman y llevaron a cabo la operación de arriendo en diez minutos, ya que los clientes habían visto la casa. West dio el detalle de que los Hoffman procedían de Washington y la policía de esa ciudad pudo dar un informe muy completo acerca de Marta Hoffman, antes Marta Müller, pero muy poco con respecto a Harold Hoffman, nada que sirviese... Y tampoco el acta matrimonial arrojó ninguna luz sobre el caso. Harold Hoffman había nacido en Amarillo (Texas), pero cuando se pidieron noticias a esta ciudad, se recibió la respuesta de que no existía constancia alguna, lo cual quería decir que Hoffman había falseado su lugar de origen.

Mickey se sentía muy optimista. De momento, tenían un empleo seguro y comían tres o cuatro veces al día, como las personas normales.

Jimmy seguía una táctica de trabajo. Tanto él como Mickey visitaban las zonas de Nueva York donde se ubicaban casas con jardín, calles tranquilas. Los tres crímenes anteriores del «Novio de la muerte» habían tenido lugar en aquel tipo de casa. ¿Por qué iba a variar a la cuarta vez? Se las arreglaban para introducirse en

hogares recién formados y no descansaban hasta descubrir detalles acerca del esposo que lo exoneraban de toda sospecha.

Aquella mañana habían llegado a un barrio de aquéllos. Todo era silencio.

—Recuérdalo, Mickey. Si se trata de un matrimonio reciente, invéstígalos.

—No se me olvidará.

—Nos veremos dentro de un par de horas en el bar de la esquina.

—Trato hecho.

Mickey inició el trabajo con un fracaso. Un hombre que se estaba afeitando le abrió la puerta y casi se la estrelló en las narices cuando oyó hablar de conflictos matrimoniales.

Fue a la segunda casa, en cuyo buzón encontró una nota que decía: «Nos hemos ido. Volveremos mañana».

Apretó el timbre de la tercera casa. Pasaron unos momentos y creyó que no había nadie. Por fin le abrió una joven bonita.

—Buenos días, señora...

—Wolf, señora Wolf —sonrió simpáticamente aquella joven.

—Señora Wolf, soy Mickey Donovan, inspector del Instituto del Matrimonio Moderno.

—Celebro conocerle, señor Donovan.

—Yo también celebro mucho conocerla a usted, señora Wolf. Porque estoy seguro que va a aceptar el favor que le haré.

—¿Qué favor?

—¿Está su esposo en casa?

—Sí, pero duerme.

—¿A estas horas? ¿Está enfermo?

—No, no está enfermo. Es novelista, ¿sabe? Acostumbra a quedarse a trabajar hasta la madrugada.

—Menuda faena.

—Sí, es muy difícil.

Mickey se quedó un instante con la boca abierta porque él se refería a otra cosa.

—¿Podemos hablar usted y yo, señora Wolf?

—Oh, sí. Pase.

De esa forma, Mickey, se metió por segunda vez en la casa donde vivía el asesino.

—Caramba, señora Wolf, tiene usted un bonito mobiliario.

—No es nuestro. Alquilamos la casa amueblada. Puede sentarse, señor Donovan.

—Gracias.

—¿Quiere tomar algo?

—Bueno.

—¿*Whisky*?

—No, señora.

—¿Ginebra?

—Tampoco. Si puede ofrecerme un café con leche y un bollo...

—Desde luego, señor Donovan.

—Es usted muy amable.

Doris Wolf se fue a la cocina dejando a solas a Mickey en el *living*.

El grandullón se puso a silbar por lo bajo. Caramba, no se podía quejar de la señora Wolf. Era la mar de simpática.

Oyó pasos en la escalera que conducía al piso alto. Un hombre entró en el *living* estirando los brazos y se quedó de muestra.

—¿El señor Wolf? —inquirió Mickey.

El asesino se había convertido en una estatua de hielo. El conocía al hombre que estaba en el sofá. Esta palabra, sofá, penetró en su cerebro y barrenó en él. ¿Dónde había visto a aquel hombre?

—Conque es usted novelista, señor Wolf...

—Sí.

—Yo he leído novelas. Quizá haya leído alguna de las suyas. ¿Escribió usted *Los tres mosqueteros*?

—No.

—Qué lástima. Era buena.

Richard arrugó la nariz ante la ignorancia de aquel hombre.

—¿Escribió usted las del Zorro?

—¿Qué Zorro?

—El de la espada y el antifaz.

—No, no he escrito las del Zorro. —Un tipo muy grande ese Zorro—. ¿Por qué no deja de hablar del Zorro?

—¿Y de qué quiere que hablemos?... Ya entiendo... Usted es de los que escriben muchas páginas con letra pequeña. Pero usted no ha podido escribir *Lo que el viento se llevó*. Un primo mío me dijo que la escribió una mujer.

Richard Wolf contestó con los dientes apretados:

—Tampoco he escrito *Lo que el viento se llevó*. Por cierto, ¿cómo dijo que se llamaba usted?

—No lo dije.

—Pues dígalo ahora.

—Donovan. Mickey Donovan.

Wolf tuvo la impresión de que una mano invisible lo atrapaba por la garganta.

Aquella mañana había decidido matar a Doris.

Y lo tenía todo preparado.

Doris se había portado muy bien con él. Tanto, que, tras mucho cavar, llegó a la conclusión de que ella no merecía que le tronchase el cuello.

La envenenaría para no hacerle daño.

La noche anterior había depositado en la botella de la leche cianuro, la cantidad suficiente para matar a un caballo.

Naturalmente, él no bebía leche, pero Doris acostumbraba a beber un gran vaso todas las mañanas en cuanto se levantaba.

Su mente estaba trabajando muy aprisa. Doris había abierto al entrometido Donovan. Acababa de reconocerlo. ¿Cómo era posible que se hubiese olvidado de él? Bueno, quizá se debiese a que lo había encontrado en el *living* sorpresivamente y a que por la mañana, al levantarse, necesitaba un poco de tiempo para organizar su mente.

—¿Y Doris? —preguntó a Donovan.

—Imagino que se refiere a la señora Wolf.

—¿A qué otra cosa me podía referir?

—Eh, señor Wolf, que no es una cosa. Es una mujer.

—Muy bien, es una mujer —contestó Richard, empezando a perder la paciencia—. ¿Dónde está?

—En la cocina.

—¡En la cocina!

El grito fue tan grande que Mickey pegó un salto en el sofá.

—¿Pasa algo en la cocina, señor Wolf?... No me diga que no tiene cocina y que en su lugar hay un pozo.

—El pozo para usted.

—Yo no pedí un pozo. Pedí un bollo.

—¿Eh?

—Y café con leche. Su mujer fue a preparármelo.

Richard cerró los ojos y los volvió a abrir. Doris nunca saldría de la cocina porque, indudablemente, antes de llegar Donovan o quizá después, habría bebido el vaso de leche. ¡Y ya ella estaría tiesa en el piso de la cocina! Dios mío, otra vez se encontraba con aquella pesadilla de Donovan.

En aquel momento entró Doris con una bandeja donde llevaba el café y el bollo.

—¡No! —aulló Richard.

Mickey pegó otro salto en el sofá.

—Eh, señor Wolf, ¿qué le pasa? ¿Le sentaron mal las ciruelas?

—¿Qué ciruelas?

—Las que comió anoche.

—Yo no comí ciruelas.

—Es que mi primo, el que me dijo que *Lo que el viento se llevó* lo escribió una mujer, se pegó un atracón de ciruelas y se pasó toda la noche pegando gritos como usted. —¡Yo no pego gritos!— chilló Richard con los ojos desorbitados.

Doris intervino:

—Querido, pareces un poco nervioso. Tranquilízate. ¿Qué va a pensar el señor Donovan de ti?

—Que piense lo que quiera.

Naturalmente, Mickey no podía reconocer a Richard Wolf como Harold Hoffman, puesto que ahora el asesino ofrecía un aspecto muy distinto. No usaba gafas ni tenía el cabello gris.

—Richard, el señor Donovan representa al Instituto del Matrimonio Moderno.

—Ya lo sé.

—¿Que lo sabe? —repuso Mickey.

—Sí, yo estaba arriba en la escalera —se apresuró a contestar Wolf—. Les oí a usted y a mi mujer.

Echó a andar hacia la cocina mientras Doris ponía la bandeja delante de Donovan.

Y al llegar a la cocina se detuvo como si hubiese tropezado contra un muro. El vaso de leche de Doris estaba por la mitad. Ya había bebido la dosis. Eso quería decir que, de un momento a otro, su mujer se desplomaría.

Sintió que todo su cuerpo estaba cubierto de sudor. Corrió otra

vez al *living*.

Doris estaba de pie, con los brazos cruzados, viendo cómo el glotón de Donovan despachaba el bollo que mojaba en el café con leche.

## CAPÍTULO VII

—Querida, ¿por qué no te sientas? —dijo Richard Wolf, solícito.

—Estoy bien así.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

—¿Por qué no había de estarlo?

Donovan ya había terminado de comer el bollo y chasqueó la lengua.

—Se nota que ustedes se quieren.

—¿De veras, señor Donovan? —repuso Doris.

—Lo ha acertado, señor Donovan —asintió Richard sonriente—. Y por ello no necesitamos sus consejos. Le agradezco mucho su visita. Y ahora que ha desayunado, adiós.

—Todavía no me iba, señor Wolf. Mi misión es muy importante.

—¡Me importa un rábano su misión! —bramó el asesino.

—¡Richard! —le reconvino Doris.

—Cariño, quisiera corregir lo que escribí anoche.

Y para eso necesito estar solo.

—No le molestaré mucho, señor Wolf —dijo Donovan.

—Muy bien, saque su boletín de suscripción.

—¿Cómo sabe que se trata de un boletín de suscripción?

—¿Qué?

—No le dije nada a su mujer de eso.

Wolf cerró los puños hasta que los nudillos se tornaron blancos. Había renunciado a estrangular a Doris, pero de buena gana hubiera estrangulado a Mickey Donovan. Sin embargo, se repuso.

—Me hablaron de usted, señor Donovan, y sé lo que hace.

—¿Quién le habló?

—Un amigo. No recuerdo su nombre. Fue hace un par de días. ¿Te acuerdas, Doris? Cuando fui a hablar con aquel editor.

No, no había ido a hablar con ningún editor. Inventó la supuesta visita de un editor para comprar el cianuro.

Mickey era muy simple y lo creyó.

—Estupendo, señor Wolf. Me alegra mucho que se decida a hacer una suscripción. Y yo le voy a decir lo que conseguirán con nuestra revista.

—No hace falta que lo diga, señor Donovan.

—Yo quiero escucharle, Richard —dijo Doris.

—Querida, te lo contaré después. Cuando el señor Donovan se haya ido. Estoy seguro de que el señor Donovan querrá marcharse cuanto antes para continuar su trabajo.

—La verdad es que estoy muy bien aquí —dijo Mickey.

—Señor Donovan... —empezó a decir Wolf con los ojos llenos de cólera.

—Está bien... Está bien, señor Wolf. Le haré el boletín de suscripción.

Mickey sacó el boletín y el bolígrafo y comenzó a rellenar las casillas.

—¡Dios mío! —exclamó Doris y se tambaleó.

Richard no fue en su ayuda porque estaba pegado al suelo.

Fue Mickey quién se levantó de un salto y corrió al lado de la joven.

—¿Se siente mal, señora Wolf?

—Sí. Estoy un poco mareada.

—No me diga que se casó hace poco.

—Hace dos semanas.

—Enhorabuena, señora Wolf..., eso quiere decir que está usted encinta.

—¿Está seguro?

—Hombre, eso lo sabrá mejor que yo el señor Wolf... ¿Qué dice usted, señor Wolf? El señor Wolf no pudo decir nada porque sus cuerdas vocales estaban paralizadas.

—¡Ay! —gritó Doris.

—¿Más mareo? —preguntó Mickey.

—No, ahora es dolor.

—¿Dónde?

—En el estómago.

Por fin, Richard reaccionó.

—Pongámosla en el sofá, señor Donovan. Entre los dos la pusieron en el sofá.

Luego Wolf estrechó la mano de Mickey.

—Gracias por todo, señor Donovan. Ya haremos la suscripción otro día. Ahora debo atender a mi mujer. —¿Es usted médico?

—No.

—Entonces, tendremos que llamar a uno.

—¿Por qué a un doctor? Será un dolor pasajero, ¿verdad que sí, querida?

—Me duele cada vez más, Richard.

—¿Lo ve usted, señor Wolf? —Gruñó Mickey—. No es un dolor pasajero.

—Muy bien, señor Donovan. Vaya por el doctor.

Richard ya había hecho sus cálculos. Mientras Donovan fuese por el doctor, Doris se iría al otro mundo. Y ya tenía el petróleo en la parte trasera de la casa. Con un par de minutos le sobraba para prender fuego al cadáver de Doris.

Asombrado, vio cómo Mickey descolgaba el teléfono.

—¿Qué hace, señor Donovan?

—Llamaré a información para que me digan la dirección del doctor más cercano.

Wolf hizo rechinar los dientes.

—Deje ese teléfono. Sé dónde hay un doctor.

—¿Dónde?

—Tres calles más abajo. Conforme se sale a la izquierda —era absolutamente falso—. ¡Corra, señor Donovan!

Mickey echó a correr hacia la puerta, pero se detuvo antes de llegar.

—Eh, señor Donovan, no me dijo el número.

—Pregunte, hombre, pregunte.

—Sí, señor, preguntaré.

Mickey salió cerrando a sus espaldas.

Miró a las casas de enfrente por si veía a Jimmy. Su amigo era un tipo estupendo para toda clase de emergencias.

Pero no lo vio por ninguna parte. ¿Qué sería ahora? ¿Una morena? ¿Una rubia platino?

Dobló por la izquierda y contó las tres calles al pasar. Vio un vendedor de periódicos.

—Oiga, ¿dónde hay un doctor?

—No conozco a ninguno por aquí.

—Tiene que haberlo.

—Oiga, estoy repartiendo periódicos por esta calle desde hace seis años y le aseguro que no hay ningún doctor.

—Quizá se mudó hace poco tiempo.

—Yo sé quién viene y quién se va.

—Entonces, ¿dónde encontraré a un doctor?

El vendedor de periódicos señaló en la dirección por donde Mickey había venido.

—Tercera calle a la derecha, en el número nueve.

Mickey se quedó asombrado porque la tercera calle de la derecha era justamente donde se ubicaba la casa de los Wolf y el número nueve estaría un poco más arriba.

Regresó corriendo y entonces descubrió a Jimmy.

Su amigo se estaba despidiendo de una rubia platino. Ella le pasó una mano por el pecho, mientras decía algo y Jimmy le respondió con un gesto afirmativo de la cabeza.

—¡Jimmy!... —rugió Mickey.

—¿Qué te pasa, Mickey? ¿Quién te persigue?

—¡La señora Wolf! ¡Necesita un doctor! Está mal. No lo comprendo, pero el señor Wolf me mandó en una dirección equivocada. El doctor vive casi al lado de su jasa y es absurdo que se equivocase. Ellos se quieren mucho y son recién casados. — Mickey se interrumpió al llegar a este punto y abrió mucho los ojos —. ¡Dios mío!

Jimmy vio una columna de humo que subía de la parte trasera de la casa que Mickey le estaba señalando.

—¡Jimmy! Ya le pegó fuego.

Los dos cruzaron la calle a toda velocidad. Pero Jimmy le sacó ventaja a su amigo.

Irrumpió en la casa, y apenas se detuvo un instante en el solitario *living*.

Llegó al patio y se detuvo al ver a la mujer que ardía en el suelo de los pies a la cabeza.

Mickey frenó a su lado.

—¡Yo fui el culpable, Jimmy! ¡Yo! Merezco la horca. La silla eléctrica...

—Tranquilízate, Mickey.

—Yo hablé con ella. ¡Estaba viva...! Era una mujer muy

simpática y yo la maté... —No digas eso o el teniente Parker te querrá encerrar a toda costa. Tú no tuviste la culpa. ¿Has dicho que ella sufría dolores?

—Sí, en el estómago.

—Entonces ya puedes estar seguro de que no pudiste evitar nada. Esta vez el asesino cambió el sistema. Envenenó a su víctima.

—Pobre señora Wolf.

—No podemos hacer nada por ella. Y continuaremos hablando en otro sitio... Imagino que algún vecino habrá llamado a la policía.

Fue la palabra mágica para que Mickey estuviese dispuesto a marcharse inmediatamente de la casa del crimen.

## CAPÍTULO VIII

Mickey había contado hasta el último detalle de todo lo que le ocurrió en casa de los Wolf, deteniéndose especialmente en la descripción del asesino.

Jimmy telefoneó a Sam Mills para ponerlo al corriente.

Los dos amigos se encontraban en el bar de Bill Haynes, un exboxeador viejo conocido suyo.

—¿Sabes lo que te digo, Jimmy? Que debemos abandonar la persecución del criminal. Es demasiado listo.

—Ningún asesino es demasiado listo. Todos terminan por cometer errores. —Pero éste no los comete—. Ya lo hará.

—¿Y si los cometiese cuando fuese por la décima tercera esposa?

—Calla, Mickey.

—¿Por qué?

—Por la policía.

—¿Qué policía?

—La que acaba de entrar.

Mickey miró hacia la puerta y dio un respingo al ver al teniente Parker y al sargento Curtis.

Los dos de la Brigada de Homicidios se dirigieron hacia ellos en cuanto los descubrieron.

—Hola, señor Rogers —ladró el teniente—. ¿Qué tal le va, señor Donovan?

—Aquí nos tiene —contestó Jimmy—. De primera.

—Ya nos íbamos, teniente —repuso Donovan—. Jimmy, si no nos damos prisa daremos plantón a las dos chicas que nos esperan.

—Tienes razón, Mickey. Casi lo olvidé.

Los dos se levantaron.

—Siéntense —dijo el teniente Parker.

—Ya terminamos de almorzar —repuso Mickey—. Les cedemos el sitio a ustedes.

—Es usted muy amable, pero no hemos venido a almorzar. Estamos en acto de servicio. Y eso quiere decir que cuando dije que se sentasen, era una orden.

Jimmy y Mickey se volvieron a sentar y también ocuparon sillas el teniente y el sargento.

Parker hizo una mueca feroz mientras preguntaba:

—¿Qué hicieron esta mañana, muchachos?

—¿Qué hicimos, Jimmy? —preguntó a su vez Mickey.

—Lo de siempre.

—Ya lo oyó, teniente. Lo de siempre...

Parker clavó los ojos en los de Mickey.

—¿Encontró al fin al doctor?

—No contestes, Mickey —dijo rápidamente Jimmy.

—No contesto, teniente.

Conque no, ¿eh?

Jimmy intervino de nuevo.

—¿Qué se trae entre manos, teniente Parker?

—Se cometió un nuevo crimen.

—Tengo entendido que en Nueva York se cometen crímenes todos los días.

—Me refiero al asesino que liquida a sus esposas.

—De modo que volvió a las andadas.

—Sí, Rogers.

—¿Lograron prenderlo?

—¿Cree que estaríamos aquí si lo hubiésemos detenido?

—Así que otra vez se escapó.

—Basta ya de tonterías, Rogers. Ustedes saben perfectamente que escapó.

—¿Y por qué hemos de saberlo?

—Porque estuvieron en el lugar del crimen.

—Oiga, cabo —empezó a decir Mickey.

—¡No quiero oírle hablar de categorías, Donovan! ¡Ya tuve bastante con la primera vez!

—Como usted mande, mayor.

Parker se pasó una mano por las protuberancias de la cara.

—Sargento, ¿tiene usted una aspirina?

—Lo siento, teniente, pero tomé la precaución de tomar la que me quedaba antes de entrar aquí.

—¿Le da lo mismo goma de mascar, teniente? —dijo Jimmy, ofreciéndole una pastilla. Parker apartó la goma de mascar con un manotazo.

—¡Ustedes no nos la jugarán hoy...! ¡Lo sabemos todo...! ¡Estuvieron allí! ¡Lo mismo que la otra vez...! ¿Cómo se las arregló, Donovan? Explíqueme cómo se las arregló para estar allí.

—No contestes, Mickey —dijo Jimmy.

—No contesto, teniente.

Parker echó el torso hacia delante y señaló con el índice la cara de Jimmy.

—Oiga, Rogers. Esto es muy serio... No puedo probar que estuvieron en la casa del crimen, pero sé que estuvieron por aquella calle. ¿Sabe lo que les libra?... Hubo cuatro testigos que hablaron de Richard Wolf. Lo describieron como a un hombre de talla normal, guapo, varonil, y da la casualidad de que ninguno de esos detalles coincide con ninguno de ustedes.

—¡Protesto, teniente! —dijo Mickey—. Yo soy muy varonil. Y según las mujeres, Jimmy es bastante guapo.

—¡Al infierno!

Jimmy cogió a Mickey por el brazo.

—Vámonos, Mickey.

—Eh..., ¿adónde van? —chilló el teniente.

—Donde usted dijo. Al infierno.

—¡Alto!

Jimmy y Mickey se detuvieron, y el primero dijo con un suspiro:

—¿Qué le ocurre ahora, teniente?

No vuelvan a entrometerse. No lo hagan o los encierro a los dos. Y entonces tendrán que contestar a todas mis preguntas... No crea que soy tonto, Jimmy, conozco su pacto con Sam Mills, ese apestoso periodista. Cometió un error al llamar a Sam desde aquí. El *Star* salió a la calle con la noticia del crimen cuando todavía no habíamos informado a la Prensa. Nosotros también tenemos nuestros confidentes. Tiramos del hilo y llegamos al otro extremo... Están aprovechando su actual profesión para acercarse al asesino. Creen que pueden hacer la competencia a la policía y sólo han demostrado que son unos incompetentes. ¡Lo tuvieron ante sus propias narices! ¿Y qué es lo que pasó? Que se les volvió a escapar... Si ustedes fuesen la mitad de listos de lo que creen ser, a

estas horas ese criminal estaría entre rejas... ¡Es la última vez que se lo advierto! ¡Dejen trabajar a la policía y dedíquense a engañar a los bobos!

—Muy bien, teniente —asintió Jimmy con gravedad—. ¿Quiere una suscripción para *El Ajuar de la Casadera Decente*?

—¡Fuera!... ¡Fuera!... —gritó el teniente, golpeando la mesa con el puño.

Jimmy y Mickey ganaron la calle.

—Otra vez nos libramos de milagro —dijo Mickey.

—Esta vez resultó fácil.

—La próxima puede ser la difícil, Jimmy. Por eso nos conviene dedicarnos a otra cosa.

—Harry Gow sólo tiene revistas para mandar a domicilio.

—Me refería a cambiar de patrón.

—Los negocios están difíciles. Hay más de medio millón de parados en el país.

—El mes pasado dijiste que querías ir a California. ¿Por qué no nos vamos ya?

—Se necesita dinero para pagar los pasajes.

—Jimmy, siempre hemos viajado en los vagones de mercancías.

—Estoy cansado de que huyamos del revisor. ¿No te gustaría ir a Los Ángeles como un caballero?

—Claro que sí, pero otras veces has dicho lo mismo, y terminamos por viajar como caballos.

—¿Tienes quejas de mí?

—Oh, no, Jimmy, de ninguna manera. Sabes arreglar las cosas. Infiernos, aún recuerdo lo que hiciste en Miami. Llegamos a tener diez mil dólares. Se te dio muy bien el póquer y los dados. Lástima que hubiesen tantas mujeres.

Jimmy dio un suspiro.

—Paula... Roberta... Janet... Mabel... Lillian... Qué diablos de chicas. Tendremos que volver algún día.

—No podemos, Jimmy. Los «gangsters» de la casa de juego nos advirtieron que, si volvíamos a poner los pies en Miami, nos pondrían a secar como dos bacalaos. Y los policías dijeron que, si volvíamos a pisar Miami, nos echarían a los «gangsters».

—Sí, es un poco difícil que volvamos a Miami. Está claro que nuestro destino será Los Ángeles.

—Demonios, Jimmy. Allí está Hollywood. ¡Podemos convertirnos en actores importantes!

—Eso era antes. Ahora tendríamos que marcharnos a Europa. Ya llegamos.

—Eh, ni siquiera sé adónde vamos.

Lo sabrás enseguida.

Entraron en un edificio y tomaron el ascensor hasta la octava planta. Jimmy empujó una puerta en la que se leía:

«Club de los Corazones Solitarios»

—Jimmy, ¿qué vamos a hacer aquí?

—Inscribirnos.

—Yo no estoy solitario.

—Lo estás desde ahora.

A la derecha había un mostrador que era atendido por una joven muy bonita, pero seria. Poseía cabellos y ojos negros y un busto muy desarrollado, del que ella parecía avergonzada a juzgar por la amplitud de la blusa.

—¿Qué desean? —preguntó la joven.

—Saber su nombre en primer lugar —contestó Jimmy con desparpajo.

—Linda Marlowe.

—Pero qué linda es usted, Linda.

La joven ni siquiera sonrió.

—¿Pueden decir ahora lo que quieren?

—Apuntarnos.

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? En el Club de los Corazones Solitarios.

—¿Cuál es la razón?

—¿Debo contestar a eso?

—Sí, señor, lo mandan los estatutos.

—Soy muy tímido.

—¿Usted? —preguntó la joven, abriendo mucho los ojos.

—Es un defecto de familia, Linda. Todos los Rogers, y yo soy Jimmy Rogers, hemos sufrido complejo de inferioridad.

—¿Está seguro?

—Se lo probaré, Linda. Desde que entré, estoy deseando pedirle una cita para esta noche y todavía no me he atrevido a pedirselas.

—Salgo a las cinco y media... Quise decir que yo no doy una cita a un desconocido.

—Pero ya me conoce.

—Nadie nos presentó.

—¿Me presentas, Mickey?

—Con mucho gusto. Linda, éste es Jimmy Rogers y yo soy Mickey Donovan.

—Dos bromistas, ¿eh?

—Vendré por usted a las cinco y media —repuso Jimmy—. Vámonos, Mickey.

Salieron de la oficina y, ya en el corredor, Mickey cogió a Jimmy del brazo.

—¿No dijiste que nos íbamos a inscribir?

—Sí, para ligar con una socia, pero ya ligué con Linda.

—¿Para qué quieres ligar con Linda? No, no me lo digas, no quiero saberlo. Cuando a ti te bulle algo por la cabeza, es como para echar a correr.

—Pues ponte a correr.

—Prefiero ir al cine mientras tú estás con la chica. Dan un «Western» que me gustaría ver. Hay un muerto cada dos minutos y la película dura hora y media.

La pantalla debe chorrear sangre. Te veré luego en el hotel.

—A propósito, Jimmy, la señora Owen dijo que si no le pagábamos hoy las dos semanas que le debemos, no nos dejaría entrar en la habitación.

—Déjame que lo discuta yo con la señora Owen.

Se despidieron. Jimmy compró un ejemplar del *Star* y leyó la información acerca del nuevo crimen. No estaba nada mal. El *Star* se estaba vendiendo como rosquillas. Empezó a pensar que tenía que pedir más de cinco mil dólares por aquel asunto, pero decidió esperar un poco hasta haber cazado al asesino. ¿No era demasiado optimista? Al diablo con sus dudas. Tenía un plan, y Linda jugaba en él.

Poco antes de las cinco y media estaba ante la puerta del Club de los Corazones Solitarios.

Linda salió y cerró con llave. Todavía no se había percatado de la proximidad de Jimmy.

—Hola, Linda.

Ella dio un gritito mientras se volvía.

—¿La he asustado?

—¿Por qué no dijo que estaba ahí?

—Ya se lo dije. Son las cinco y media.

—Se tomó demasiada molestia.

—Oh, no es molestia.

—Quiero decirle que no necesito su compañía.

La joven echó a andar y metió el tacón en una pequeña ranura del piso. Habría caído en el suelo si Jimmy no la hubiese cogido por la cintura.

—¿Ve cómo me necesita, Linda?

Habían quedado muy cerca y la boca de Jimmy estaba muy próxima de la boca de la joven. Permanecieron así un rato.

—¿Quiere soltarme ya, señor Rogers?

—¿Y si se cae otra vez?

—Haré todo lo posible para que no ocurra.

—La soltaré con una condición.

—¿Cuál?

—Que cene conmigo.

—Eso no puede ser.

—Entonces, aquí me quedo.

—Señor Rogers, nos pueden ver.

—Que nos vean.

—Pero ¿qué pensarán de mí? Me está comprometiendo, señor Rogers.

—Tiene una forma de arreglarlo. Acepte mi invitación.

Ella apretó los dientes.

—Está bien, señor Rogers. Pero sepa que me saca la conformidad a la fuerza. Es usted un chantajista.

Jimmy se echó a reír mientras la dejaba libre.

Una vez en la calle, él preguntó:

—¿Tiene predilección por algún sitio?

—Acostumbro a cenar en un restaurante donde van socios del club. Está cerca de aquí.

Poco después entraban en el restaurante.

Jimmy creyó que entraban en un panteón. Había muchos clientes, pero reinaba un silencio sepulcral.

Tomaron posesión de una mesa al fondo. Llegó un camarero y

dijo con un hilo de voz:

—Buenas noches.

—¿Quién se ha muerto? —le preguntó Jimmy.

El mozo, con aspecto de sepulturero porque estaba pálido y tenía las mejillas chupadas, contestó:

—Nadie, que yo sepa.

—Entonces, ¿por qué hablan así?

—Es la costumbre, señor.

Linda tenía una mano en la boca porque se estaba riendo. Se la quitó para encargar el menú. Luego lo hizo Jimmy y el camarero se marchó sin hacer ruido, como si moviese los pies a unas pulgadas del suelo.

—Lo tiene bien merecido, señor Rogers —dijo ella.

—¿Por qué?

—Se burló de nosotros, de «Los corazones solitarios» al alegar su complejo de inferioridad.

Jimmy se golpeó el pecho con el puño cerrado.

—Me arrepiento.

—¿Cuál fue su verdadera intención, Jimmy?

—Se lo confesaré. Necesito a una chica miembro del club para cazar a un criminal.

La joven parpadeó.

—¿Lo he oído bien?

—Sí, he dicho justamente lo que usted ha escuchado.

—¿Es de la policía?

—No.

—¿Detective privado?

—Tampoco.

—¿Qué es usted entonces?

Jimmy le contó lo que era y de qué forma, con motivo de buscar suscripciones para la revista de Harry Gow, Mickey y él se habían relacionado por dos veces con el peligroso criminal que asesinaba a sus esposas recién estrenadas.

Linda escuchó atentamente, pero no dijo nada porque el camarero llegó con el primer plato.

Al volver a quedar solos, Linda rompió el silencio.

—¿Debo entender que le quiere tender una trampa al asesino?

—Exacto.

—Y usted acudió al Club de Corazones Solitarios en busca de cebo.

—Es usted muy inteligente, Linda.

—Y al verme decidió que ya no le hacía falta buscar más.

—Es usted maravillosa.

La joven inspiró profundamente y, por primera vez, su blusa se hinchó hasta el límite. Y luego explotó.

¡Usted es un aprovechado!

—¿Lo dice por la forma en que la sujeté en el corredor?

—Lo digo por sus intenciones, señor Rogers.

—¿Por qué no deja de llamarme señor Rogers? Yo la estoy llamando Linda.

—No va a conseguir su propósito.

—¿No quiere colaborar para ajustarle las cuentas a un asesino de mujeres incautas?

—Existe la policía.

—La policía está totalmente despistada.

—Ya encontrarán la pista.

—Es lo que dice mi amigo Mickey, que podría encontrarla cuando el asesino hubiese matado a diez o doce mujeres más.

—Su plan es descabellado. Por lo visto, usted quiere que yo publique un anuncio en nuestras revistas y en algunos periódicos.

—Algo parecido a esto: «Joven con buenos ahorros...» —No tengo ahorros.

—Estamos eligiendo el anzuelo, Linda.

—De acuerdo. Continúe preparando sus aparejos de pesca.

—«Joven con buenos ahorros desearía entablar sincera amistad con hombre mayor de treinta años. Indispensable sea correcto. Posibilidad matrimonio». —¿No le da vergüenza?

—¿De qué?

—De utilizar a una joven para que un hombre se case con ella.

—No habrá matrimonio porque cazaré antes al asesino. Sé lo que él hace antes de casarse con su víctima. La obliga a sacar sus ahorros del Banco. Nunca lo deja para después...

La joven se mojó los labios con la lengua.

—No quiero oír hablar más de semejante tontería.

—Muy bien. Después de todo, quizá me equivoque y la policía capture al criminal antes de que mate a más mujeres.

Comieron en silencio, uniéndose al rito de los demás clientes.

Cuando hubieron terminado, Linda dijo:

—¿Quiere repetirme el anuncio, Jimmy?

El se echó a reír.

—Confiaba en usted, Linda.

—Sí, soy tan estúpida como para creer que es verdad lo de que soy inteligente y maravillosa.

Después de escribir el anuncio en un papel, Linda dijo:

—Saldrá en cuatro de nuestras revistas. Tienen una gran difusión.

—¿Y los periódicos?

—Eso es ya cuenta nuestra. Tendremos que pagar los anuncios. Aunque hay secciones muy económicas. ¿Por qué no habla con su amigo, el periodista, para que lo publique el *Star*?

—No, en el *Star*, no. Han sido los primeros en informar del último crimen... El asesino entraría en sospechas.

Tiene razón, Jimmy.

—Me gastaré un poco de dinero en los periódicos y lo cargaré en la cuenta del *Star*. Ahora hablemos de usted, Linda. Debe recordar todas las condiciones que el asesino exige a sus víctimas. ¿Tiene familia? —Claro. Tengo mis padres en Atlanta.

—Pues ya se quedó huérfana. El asesino tiene buen cuidado en que la chica elegida por él no tenga familiares. Ya sabe, una carta dirigida por la víctima podría ser su ruina.

—Está bien. Me quedé sin padres.

—¿Tiene algún amigo íntimo?

—Claro que no.

—No lo decía en el mal sentido de la palabra.

—Pues no lo debió decir así.

—Demonios, hay que hablarle a usted con guantes.

—No tengo ningún amigo en especial. Sólo conocidos.

—De acuerdo. Ese apartado también queda cubierto. Prácticamente, lo tenemos todo.

—¿Cuánto dinero he de tener ahorrado?

—Unos veinte mil dólares. Pero no se lo deje caer enseguida. Hágalo con sabiduría.

—¡Dios mío! —exclamó ella.

—¿Qué pasa?

—Estamos hablando tontamente, Jimmy.

—¿Por qué?

—Usted supone que el asesino establecerá relación conmigo, pero eso es muy improbable. Hasta es posible que ni lea el anuncio.

—Ya sé que son pocas las probabilidades, pero no queda otro camino.

—Pienso que será un fracaso.

—Quizá sea un fracaso, pero al menos lo habremos intentado.

Jimmy acompañó a Linda a su casa. Hizo un gesto de perplejidad cuando vio que era justamente igual a las casas en que el Novio de la Muerte había hecho arder a sus mujeres. Eso lo hizo estremecer.

—Linda, pondremos esta dirección en el anuncio, y no la del Club de los Corazones Solitarios.

—Es usted muy amable, Jimmy.

—De nada.

—Lo decía con ironía. Ha visto usted la casa y ha encontrado el modelo adecuado... No crea que lo pasé por alto cuando me contó los asesinatos. El asesino elige siempre una casa como ésta.

—Le repito otra vez que no habrá matrimonio. Linda, siento hacer esto. De verdad que cada vez lo siento más.

—Pero no me pide que deje de hacerlo.

Jimmy exhaló el aire.

—Correcto, Linda, deje de hacerlo.

—No renunciaría por nada del mundo.

—¿Quién entiende a las mujeres?

—Creo que usted nos entiende muy bien.

Eso creí yo hasta que tropecé con usted.

De pronto, la cogió entre los brazos y la besó en la boca.

—Pero ¿qué ha hecho?

—Tenía muchas ganas de besarla. Simplemente eso.

Y no pregunte por qué.

Jimmy se alejó de la joven.

Cuando él ya estaba muy lejos, Linda dijo:

—Menudo fresco.

Pero sonrió mientras entraba en su casa.

## CAPÍTULO IX

Habían pasado tres días desde que Linda y Jimmy se conocieron.

Jimmy sólo establecía contacto con la joven por teléfono. No quería verla personalmente, por si el asesino hacía gestiones previas para conocer cuanto se refería a su próxima víctima, lo cual era lógico esperar, dada la forma en que trabajaba.

Linda estaba en la oficina del club cuando Jimmy la llamó aquella mañana.

—Hoy recibí las dos primeras contestaciones, Jimmy.

—Formidable.

—Ninguna de ellas vale.

—¿Por qué?

—La primera viene de Chicago. Es de un hombre que tiene cincuenta años.

—Cumple los requisitos. Es mayor de treinta.

—Debimos poner un límite de edad, Jimmy.

—No, Linda. Recuerda que el asesino tiene una gran facilidad para el disfraz. Esta vez podía elegir el de un hombre de cincuenta años.

—No es el de Chicago. Me dice que es viudo, con tres hijos.

—Fuera el de Chicago. ¿De quién es la otra carta?

—De un hombre llamado Francis Garson.

—¿Dónde vive?

—En Newburg.

—¿Newburg, Nueva York?

—Sí. Pero tampoco es el asesino.

—¿Cuál es esta vez la razón?

—La edad es buena. Treinta y siete años..., y no es viudo; pero la dificultad consiste en que está cojo. Le falta una pierna que perdió en Corea.

—¿Alguna llamada telefónica?

—Ninguna por ahora.

—Bueno, tendremos que continuar esperando.

—Yo estoy desanimada, Jimmy.

—La esperanza es lo último que se pierde.

—Eh, Jimmy, estás hablando de mi cuello.

Jimmy rió.

—Esto es como las películas. Ya sabes, que el bueno siempre llega a tiempo para ajustarle las cuentas al malo.

—Estaba pensando que aceptaría una invitación tuya para cenar.

—Supón que el asesino te vigila.

—¡Me has puesto carne de gallina!

—Lo digo porque no conviene que lo estropeemos. Ya habrá tiempo para esa cena.

—No esperes que la acepte —contestó ella, con rabia, y colgó bruscamente.

Atendió la petición de una señora, miembro del club, que le pidió la dirección de otro socio.

Cuando la señora se hubo marchado, sonó el teléfono.

Linda pensó que era Jimmy y que llamaba para disculparse.

—¿Señorita Marlowe? —dijo una voz ronca que no era la de Jimmy.

Linda se estremeció, y ahora sí que se le puso la carne de gallina.

—Soy yo. ¿Quién llama?

—Usted no me conoce, señorita Marlowe. Verá, he leído su anuncio que se publicó en *El Centinela*.

Linda sintió deseos de gritar, porque el anuncio de *El Centinela* no incluía, como había acordado con Jimmy, aquella dirección, sino la de su casa.

—Continúe. ¿Cómo debo llamarlo?

—Allen, Rock Allen...

—¿Quién le ha dicho que yo trabajaba aquí?

—Yo lo he averiguado.

—No me gusta que me vigilen.

—Disculpe, pero no se trataba de una vigilancia.

—¿Y de qué se trataba, entonces?

—De una comprobación... Se lo explicaré. Fui a su casa, señorita Marlowe.

—¿A mi casa?

—Ayer...

—Continúe.

—La seguí hasta su oficina. Es usted muy bonita, señorita Marlowe.

—Gracias.

—Y me gustó mucho eso de que trabajase en el Club de los Corazones Solitarios.

—¿Y por qué le gustó?

—Porque significa que se preocupa por sus semejantes.

—Sí, señor Allen, en eso tiene razón. Siempre me ha preocupado el prójimo, las personas tímidas.

—Yo lo soy.

—¿Usted?

—Sí, señorita Marlowe. Me han tomado muchas veces el pelo, me han gastado bromas pesadas y no quiero que vuelva a ocurrir. Me hace mucho daño...

—¿Ah, sí?

Linda estaba muy nerviosa. Cada vez lo estaba más. No tenía ninguna duda. Aquel hombre era el asesino.

—¿Sigue ahí, señor Allen?

—Desde luego.

—Quisiera conocerlo...

Ya lo había dicho, y al pensar en semejante posibilidad, la de conocerlo, se estremeció de pies a cabeza. Ella al lado del asesino, viéndole la cara, los ojos, la boca y, sobre todo aquellas manos que estrangulaban o que servían el veneno y más tarde, rociaban con petróleo...

—¿Está, segura de que quiere conocerme?

—Sí, señor Allen. Estoy segura.

No quisiera por nada del mundo que esto fuese una broma.

—No lo es, se lo aseguro.

—Está bien, señorita Marlowe. Yo deseo también conocerla.

—¿Entonces?...

—Iré a su casa.

—¿Cuándo?

—¿A qué hora llega usted allí?

—Más o menos a las siete.

—¿Le parece bien a las siete y media de esta tarde?

Linda estuvo a punto de gritar: «No, no me parece bien porque no quiero darle una oportunidad para que me tronche el cuello». Pero dijo otra cosa:

—De acuerdo, a las siete y media.

—Hasta luego, señorita Marlowe.

—Hasta luego, señor Allen.

Al colgar, sintió que le transpiraba la mano. Deseaba con todas sus fuerzas chillar, gritar.

La puerta se abrió bruscamente. Un hombre entró, un desconocido.

—¿Qué le ocurre, señorita? ¿Un ratón, quizá?

Linda se había quedado con la boca abierta tras soltar su instintivo grito.

—No, no hay ningún ratón.

—Pero usted gritó.

—Sí, porque estaba muy alegre.

—¿Una buena noticia?

—Sí, la mejor de todas. Buenísima. Ya no me sacan la muela.

—Comprendo, ha estado preocupada por las crueldades que los dentistas cometen con uno.

—¿Quién es usted?

—Permítame que me presente. Soy George Watson.

—Y yo, Linda Marlowe. La secretaria del club. ¿Quiere inscribirse, señor Watson? —Sí, señorita.

—¿Cuál es la razón?

—Mi novia me abandonó para casarse con otro. Pensé que tenía que pegarme un tiro o inscribirme en el Club de los Corazones Solitarios.

—Y se decidió por el club.

—Es que no tengo pistola.

George Watson era de talla normal y rostro de facciones agradables.

—Matar está muy feo, señor Watson, y matarse a sí mismo es todavía más espantoso.

—Sí, señorita Marlowe. Creo que estoy de acuerdo con usted. Pero ya sabe lo que pasa cuando depositamos nuestro cariño en una persona. Yo quería a Margaret, la quería sobre todas las cosas de

este mundo, y ella me pagó con mala moneda.

—Lo siento... Siempre hemos de contar con la esperanza.

—¿Esperanza de qué?

—De que encuentre a otra mujer.

—No creo que nunca la encuentre. Todas se acabaron para mí.

Señor Watson, lo que le ha ocurrido a usted está ocurriendo todos los días. Cuando le sucede a uno, se cree el ser más desgraciado de la tierra y piensa que no hay otro como él... Debe recuperar la confianza en sí mismo. Es importante, señor Watson. Muy importante.

—Sí, señorita Marlowe. ¿Qué debo hacer?

—Rellene el boletín de inscripción.

Watson llenó las casillas y firmó.

—¿Debo pagar algo?

—Sólo un dólar.

—Aquí lo tiene.

—Ya sabe que nuestro club está en la calle 64 Este.

—Lo sé; estuve allí en una ocasión.

—Las reuniones formales son los sábados y los domingos, pero usted puede ir a cualquier hora de la tarde, a partir de las cinco. La biblioteca funciona todo el día... En aquel pupitre de la derecha encontrará los últimos números de nuestras revistas. Quizá ya haya visto alguna. Tenemos sección de consultorio y una nutrida solicitud de amistades por parte de socios y simpatizantes.

—Es usted muy gentil.

—Estoy aquí para atender a nuestros socios.

Watson cogió las revistas.

—Ya me voy, señorita Marlowe. Gracias por todo.

—Bien venido al club.

Watson correspondió con una sonrisa y salió de la oficina.

Linda miró el teléfono. ¿Por qué no llamaba Jimmy? Tenía que darle la gran noticia. La trampa había dado resultado. El criminal Rock Allen había establecido contacto con ella y hasta la iba a visitar en su casa.

Sonó el teléfono y atrapó el auricular.

—¿Jimmy?

—No soy Jimmy. —¿Quién llama?

—Uno de los socios. Mi nombre es Billy Martin, socio 3214.

—Usted dirá, señor Martin.

—Usted debe ser la señorita Marlowe. La conocí cuando me inscribí hace cosa de un año.

—Sí, señor Martin. Soy Linda Marlowe.

—Quiero protestar.

—¡Protestar! ¿Por qué?

—Conocí a una socia del club por mediación de nuestros servicios de relaciones públicas. Ella se llama Cleo Monti. Simpatizamos y llegamos al acuerdo de que deberíamos unirnos de por vida y hasta que la muerte nos separase. Le hice muchos regalos, señorita Marlowe: un collar, unos pendientes, un broche y otras cosas. Total, me gasté cerca de dos mil dólares. Y ahora ella me ha dado con la puerta en las narices. Le pedí que me devolviese los regalos y me ha contestado que me los devuelva mi tía.

—Estupendo —contestó Linda, que estaba muy distraída—. Pídselos a su tía.

Señorita Marlowe, mi tía no tiene nada que ver en esto.

—Lo comprendo, lo comprendo.

—¿Está segura de que lo comprende? Quiero que Cleo Monti me devuelva los regalos.

—Hablaremos con Cleo y trataremos de que ustedes lleguen a un acuerdo por las buenas.

—Muy amable.

—Pero no le garantizo nada... Si nuestras gestiones fracasan y cree usted que sus intereses han sido lesionados, tendrá que buscarse un abogado. —Gracias, señorita Marlowe.

—Tendrá noticias nuestras, señor Martin —dijo Linda, y colgó.

Sonó otra vez el teléfono. Linda no dijo el nombre de Jimmy porque apenas tuvo el auricular en la mano oyó gritar a una mujer.

—¡Me llamó gorda!... ¡Me llamó gorda!

—¿Con quién hablo, señorita?

—Con el miembro 997, Ruth Avon.

—¿Qué le pasó, señorita Avon?

—¿No se lo dije? Un canalla me llamó gorda. Es otro socio del club. El 3113... Se llama Albert Chasse. Es un indecoroso... Cuando nos conocimos, yo pesaba ciento veinticinco kilos. Me puse a régimen, señorita Marlowe... Y todo lo hice por él. Pasé hambre, mucha hambre. ¿Usted lo entiende?

—Me hago cargo, señorita Avon.

—Adelgacé y adelgacé para agradar a ese monstruo y ahora me dejó. Quiero protestar ante usted, ante la directiva, ante todos los socios del club... Perdí cinco kilos. Cinco kilos, ¿para qué?

Linda se imaginó a la señorita Avon con ciento veinte kilos de peso y cerró los ojos para no verla.

—Señorita Avon, llamaremos la atención al miembro 3113.

—Decapítenlo.

—Disculpe, señorita Avon, pero no nos está permitido. Yo le aconsejo que olvide al señor Chasse. El no la merece.

—¿De veras lo cree usted así?

—Estoy segura.

—Cuánto me alegra que me diga eso, señorita Marlowe. ¿Sabe que durante un mes no he comido ni siquiera ni un bombón? Pero ahora mismo me voy a la pastelería a hincharme. Gracias, señorita Marlowe.

Se interrumpió la comunicación.

Linda dejó otra vez el auricular mientras daba un suspiro. Ésos eran los problemas de los socios, continuas quejas. La verdad era que el club haría un buen negocio contratando a un equipo de psiquiatras. ¿Por qué no lo proponía en la próxima junta? Bueno, si lo proponía, no tardaría en ser despedida del cargo. A los socios no les gustaría nada ser considerados como locos.

Sonó el teléfono. Otra queja. ¿Quién sería ahora?

—Hola, Linda.

Era Jimmy.

¡Lo tengo, Jimmy!... ¡Lo tengo!

—¿Dónde está?

—Todavía no lo vi... Pero vendrá a casa... A las siete y media. Y estoy muerta de miedo.

¡Me matará!

—Tranquila, Linda, tranquila.

—¡Y un cuerno voy a estar tranquila!

—Quiero que me lo cuentes todo. Pero con calma.

Linda se lo contó con toda la calma que pudo y luego agregó:

—Ojalá no te hubiese hecho caso.

—Muchacha, vas a hacer un bien a la Humanidad.

—Pero no podrán agradecérmelo, porque estaré convertida en

un cadáver.

—Serías un cadáver muy mono.

—¡Jimmy!

—Perdona, Linda, no sabía lo que decía. Debemos conservar la serenidad. Todo va a salir bien. Te lo aseguro, Linda. No habrá un solo fallo.

## CAPÍTULO X

Un relámpago iluminó el cielo y luego se produjo el trueno. Linda pegó un grito.

Estaba a solas en su casa.

Las saetas del reloj marcaban las siete y media, la hora de la cita con el asesino.

Los nervios de Linda eran como las cuerdas de una guitarra mal tensada.

Se preparó un *whisky* y lo bebió de un solo trago.

Otro trueno más fuerte que el anterior.

¿Y si el asesino había desistido de ir allí a causa de la tormenta?

En ese momento sonó el timbre de la puerta, pero esta vez Linda no gritó porque se había quedado como si fuese de mármol.

El segundo timbrazo.

Tenía que armarse de valor. Ya no podía retroceder.

Acudió a la puerta bajo la impresión de que sus piernas eran de trapo.

Respiró profundamente y abrió.

En el porche, un hombre se cubría con un impermeable negro.

Linda hubiese querido echar a correr al fijarse en los ojos de su visitante. Eran grandes y brillaban mucho.

—¿Señorita Marlowe?

—Sí.

—Soy Rock Allen.

—Tanto gusto, señor Allen.

—El gusto es mío. ¿Puedo pasar?

—Claro que puede —casi gritó Linda.

Rock entró en la estancia, y después de echar una mirada a su alrededor, dijo:

—Esto es confortable, teniendo en cuenta lo que está pasando fuera.

—¿Qué está pasando fuera? —chilló Linda.

—La tormenta, señorita.

—Oh, sí, tiene razón. La tormenta con sus rayos, sus gotitas de agua...

—¿Gotitas? Está diluviando, señorita Marlowe.

—Parece mentira, ¿eh?

—¿Por qué va a parecer mentira? Le aseguro que está lloviendo. Fíjese en el impermeable. Caramba, le estoy manchando el piso.

—No se preocupe usted. Puede manchar todo, y si lo prefiere, le abro la ducha...

—¿Para qué?

—Para que le caiga el agua encima y se sienta mejor.

Allen dio unos pasos hacia Linda.

—Ya sé lo que le ocurre a usted, señorita Marlowe.

—No, no me ocurre nada.

—Está asustada.

—¿Yo asustada?... Pero qué tontería. Mire cómo canto... «Si a tu ventana llega una paloma, trátala con cariño que es mi persona»...

—No ha cantado; sólo ha recitado.

—Es que yo canto así.

—¿Sin música?

—Sólo me aprendo la letra.

—Bueno, cada uno tiene sus manías.

—¿Cuál es la suya, señor Allen?

—El crimen.

—¿Qué?

—Leo novelas policíacas.

—Ah, ¿sí?

—Me gustan mucho...

—Los muertos.

—En una novela policíaca tienen que haber muertos.

—También los hay en la vida real, ¿verdad, señor Allen?... No, no me diga que usted es muy tímido y no puede hablar de ciertas cosas. ¿Quiere tomar algo?

—Sí.

—¿Cianuro?

—Oh, no, me hace daño. Tengo un estómago muy delicado.

—Quise decir té.

—Demonios, pues hay diferencia entre el cianuro y el té.

—Soy muy distraída y no sé distinguirlos.

—Entonces, no tomaré nada. Si le pido un vaso de leche, a lo mejor me trae una vaca.

—Estupendo, señor Allen. Ahora mismo le traigo la vaca —dijo Linda, y echó a correr hacia la puerta de la calle.

Sin embargo, Allen la alcanzó antes de que llegase.

—Señorita Marlowe, está fría como el hielo.

—No me extraña. Estoy muerta.

—Nunca conocí a nadie que le afectasen tanto las tormentas, señorita Marlowe.

—¿No le afectan a usted? Usted dijo que era tímido.

—Soy tímido, excepto los días de tormenta. Es curioso, ¿verdad? Pero cuando hay tormenta me encuentro en forma. Sí, señor, soy un tipo distinto.

—Señor Allen, por favor, vuelva cuando no haya tormenta.

—¿Por qué?

—Porque quiero conocerlo como tímido.

—¿Intenta despedirme?

—No lo intento, señor Allen. Lo estoy despidiendo.

—Como usted quiera.

Linda se acordó de por qué estaba allí Rock Allen: para acabar de una vez con su serie de crímenes.

Allen estaba a punto de abrir la puerta.

—¡No salga, señor Allen!

—¿Por qué no quiere que salga?

—Por la tormenta. Se va a mojar.

—¿Quiere que me quede?

—Sí, señor Allen.

Entonces, vamos a sentarnos en el sofá.

¡No!... ¡En el sofá, no!

¿Qué le pasa al sofá?

—Le pasa mucho... Está a punto de derrumbarse Tiene una pata coja.

—Bueno, nos sentaremos en un sillón.

—Eso es. Un sillón para cada uno y cada uno en su sillón.

Ocuparon sendos sillones, uno frente al otro. Se miraron y Linda sonrió mientras decía:

—Qué tiempo nos hace, ¿eh?... Después de la tormenta saldrá el sol. No se puede imaginar cómo se me pone el jardín de pajaritos... Pían, y pían, y pían.

—¿No les retuerce el pescuezo?

—¿A quiénes?

—A los pajaritos que pían, y pían, y pían.

—Pertenezco a la Sociedad Protectora de Animales. A propósito, señor Allen, debe tener hambre. Le voy a traer un emparedado.

—Así murió mi tío.

—¿Cómo?

—Emparedado.

—Claro, lo emparedó usted. Cosa de chiquillos.

—Oh, no, señorita Marlowe. No fui yo.

—¿Quién fue?

—La mujer de mi tío. Se cansaron uno del otro, ¿sabe? Y entre los dos se entabló una carrera para ver quién mataba a quién.

—Y ganó su tía por puntos...

—Sí, señorita Marlowe. Aprovechó que mi tío dormía y le pegó con el martillo... Se le ocurrió una cosa ingeniosa. Hacía tiempo que querían reparar la cocina. Mi tío había comprado ya el cemento, el yeso, los ladrillos, de modo que mi tía sólo tuvo que trabajar un poquito.

—Y su tío quedó incluido en la reforma.

—Sí, pero resultó que mi tía, como albañil, era un desastre, y lo sacó a la calle.

—A su tío.

—No, al muro... Hizo una cocina fenomenal, casi la de un transatlántico... Daba gloria verla. Se podía haber hecho comida en ella para cuatrocientas o quinientas personas... Y los vecinos entraron en sospechas... No veían a mi tío y mi tía se pasaba todo el tiempo en la cocina jugando al baloncesto... Total, que una de esas chismosas de siempre avisó a un pariente suyo que era policía y se armó la gorda... A mi tío lo sacaron de entre los escombros.

—¿A pedazos? Qué brutos.

—Es que el cemento de la reforma era muy bueno.

—¿Y cómo enterraron a su tío?

—Lo transportaron en un volquete. Toda la vida me acordaré cuando el camión llegó al cementerio, echó marcha atrás y el

volquete empezó a funcionar, y venga a caer ladrillos en la fosa...

Linda tenía ganas de chillar. Estaba escuchando aquella historia de Rock Allen llena de terror. ¿Por qué no llegaba Mickey? Era lo que Jimmy había decidido, que Mickey entrase antes que él para identificar al asesino.

—Me voy a la cocina, señor Allen. Prepararé los emparedados.

—Como usted quiera, señorita Marlowe.

Rock quedó a solas. Encendió un cigarrillo. Entonces sonó el timbre de la puerta. El propio Allen se levantó y acudió a abrir.

Mickey Donovan dijo desde el porche:

—¿Escribió usted ya *Lo que el viento se llevó*?

—¿Qué dice?... ¿Quién es usted?

—Mickey Donovan, inspector del Instituto del Matrimonio Moderno. Usted me necesita, amigo.

—¿Para qué lo necesito?

—Para que no cometa una tontería.

—No voy a cometer ninguna tontería.

—¿Piensa casarse?

—Sí.

—Pues ya la va a cometer. Con permiso.

Mickey entró en la casa sin esperar una respuesta de Rock Allen. Éste se volvió rápidamente.

—Eh, no le dije que entrase. ¡Fuera!

—¿Por qué fuera?

—Porque no quiero ningún vendedor aquí.

—¿Cómo sabe que yo vendo?

—Por sus trazas.

—Usted tiene trazas de carnicero. Póngame un kilo de costillas.

—¿De qué?

—De cerdo.

—No tengo costillas de cerdo.

—Eso es lo que usted cree.

—Cuidado, señor Donovan, no consiento que nadie me tome el pelo durante una tormenta.

—Entonces, está perdido. Se acabó la tormenta.

Rock, que continuaba con la puerta abierta, miró al cielo y hundió la cabeza en los hombros y pegó una patada en el suelo.

—¡Se acabaron los rayos! ¡Se acabaron los truenos! ¡Soy un

desgraciado!

—No se ponga así, hombre. Si usted quiere, le puedo hacer ruidito con la boca.

—Váyase al cuerno.

—Cierre ya o nos enfriaremos.

—Quiero coger una pulmonía.

—Hombre, no querrá que la coja yo también...

Rock Allen cerró la puerta y caminó con tristeza hasta el sillón, donde se dejó caer con desaliento.

Mickey aprovechó aquel silencio para observar a Rock con atención. No se parecía en nada a Harold Hoffman, ni tampoco a Richard Wolf, pero, naturalmente, eso era algo que cabía esperar. El asesino poseía una especial habilidad para disfrazarse.

Tiene usted un cabello muy bonito.

Mi madre me lo rizaba.

¿Se lo tiñe?

—No, es natural. —No me lo creo.

—Pues no se lo crea. Oiga, ¿a qué ha venido usted aquí? ¿A criticarme o a vender algo?

—Le vendo algo.

—¿El qué?

—Unas tijeras.

—¿Para qué quiero yo unas tijeras?

—Para cortar.

—No quiero cortar nada.

—Un cuchillo.

—¡No quiero cuchillo!

—¡Ya lo tengo!... ¡Le vendo una caja de fósforos!

—¿De fósforos?

—Ya sabe, para pegar fuego a lo primero que se le presente.

—¿Por qué no se pega fuego usted?

—No quiero hacerme aguas menores en la cama. Mickey se acercó más al sorprendido Allen.

—¿Le hicieron la cirugía estética?

—No.

—Tiene usted una nariz muy recta.

—Es de nacimiento.

—No me lo creo.

—Pues no se lo crea.

—Tiene usted unos carrillos muy hinchados.

—No están hinchados. Son así.

—No lo creo.

—Oiga, ¿qué es lo que cree usted?

—Que todos nos hemos de morir.

—Pues muérase ya.

—Usted primero.

—Ni lo piense.

—Ya sé lo que le gusta a usted.

—¿Qué cosa?

—Matar.

—¿A mí?... Pero ¿qué está diciendo? Está loco.

Mickey abrió mucho los ojos y soltó una escalofriante risotada.

—Ya lo adivinaste. ¿Sabes quién soy?

—Mickey Donovan, inspector del Instituto del Matrimonio Moderno.

—Te engañé antes. No soy ése... Yo soy Napoleón.

—¡Señorita Marlowe! —gritó Rock Allen, empezando a encoger las piernas.

Y tú eres Josefina.

No, no soy Josefina... ¡Le juro que no soy Josefina!

—Mientes.

—Soy un tímido. Le juro que yo soy un tímido cuando no hay tormenta, y ya no hay tormenta.

Mickey le puso una mano en el cuello.

—Quiero que confieses.

—¿Qué quiere que confiese? ¡Señorita Marlowe!

—Vas a contarlo todo.

—¡Señorita Marlowe!

—A la de tres lo sueltas, o te quiebro el cuello.

—Soy Josefina.

—¿Qué?

—¡Que soy Josefina!... ¡Se lo juro!... ¡Soy Josefina!... ¡Señorita Marlowe!

Linda llegó corriendo desde la cocina.

—¿Qué pasa?... ¿Qué pasa?

Mickey se desconcertó un poco y Rock aprovechó aquellos

instantes para escaparse.

Gateó mientras chillaba:

—¡Es Napoleón!... ¡Es Napoleón!... ¡Cuidado con él!

—Señor Allen, ¿qué hace usted por el suelo?

Rock siguió corriendo muy aprisa a cuatro patas hacia la puerta.

—¡Soy un caballo y voy a ganar el Derby!

La puerta se abrió.

Rock Allen no pudo escapar porque tropezó con las piernas de Jimmy Rogers.

—Eh, Jimmy, ahí lo tienes —exclamó Mickey—. Es tuyo el caballo.

Rock Allen abrió la boca y relinchó.

Jimmy se rascó detrás de una oreja.

—¿Me quieres decir qué ocurre, Mickey?

—Si te lo explico, rió te lo vas a creer.

Rock Allen apuntó con el dedo a Jimmy.

—¡No se fíe! ¡Es Napoleón!

Jimmy lo levantó y le palmeó la cara.

—Tranquilícese, amigo.

—¿Quién es usted? No, no me lo diga... ¡Usted es Luis XVI!

—No diga eso, hombre, que pierdo la cabeza.

Linda intervino.

—Jimmy, ese hombre está muy mal.

—Sí, señorita Marlowe... ¡Estoy muy malito!... ¡Muy malito!... ¡Quiero que me encierren!... ¡Y por lo que más quieran, no me metan con Napoleón!

Jimmy le volvió a palmear las mejillas.

—Serénese, no pasa nada.

Mickey avanzó corriendo.

Rock Allen pegó un salto y se puso en brazos de Jimmy.

—¡Ya viene!... ¡Ya viene!

No te acerques demasiado a él, Mickey. Lo estás asustando.

Yo sólo quiero quitarle la nariz postiza.

—¡No!... ¡No! —chilló Rock Allen.

Pero Mickey le cogió las narices y le pegó un tirón muy fuerte.

Rock Allen soltó un aullido.

Mickey se miró los dedos vacíos.

—Demonios, no es postiza.

—No, no lo es —asintió Jimmy.

—El cabello, eso es. El cabello es postizo.

Mickey le pegó un tirón en el cabello, pero sólo le arrancó unos pelos y Rock Allen chilló otra vez.

Rock Allen lloriqueaba.

—¡Mamá!... ¡Quiero irme con mi mamá!

—¡Caramba, tampoco es postizo! —dijo Mickey. Jimmy dio un suspiro.

—Nos hemos equivocado.

Puso en el suelo a Rock Allen, y éste abrió la puerta y salió disparado hacia la calle, mientras gritaba:

—¡La revolución!... ¡Ha estallado la revolución!

## CAPÍTULO XI

Linda, Jimmy y Mickey estaban en el restaurante húngaro.

Mickey comía a dos carrillos. Por los tres, ya que Linda y Jimmy habían perdido el apetito.

—Tu prueba fracasó —dijo Linda.

—Desgraciadamente.

—¿Qué harás ahora?

—Esperar.

—¿Todavía crees que el asesino se presentará?

—Ya estoy menos seguro que antes.

El teniente Parker entró en el restaurante y se dirigió hacia aquella mesa.

—Buenas noches.

Mickey le sonrió con la boca llena.

—¿Gusta, teniente?

—¿Qué come?

—No sé cómo se llama. Es carne a la húngara. La salsa es muy picante.

—Deberían haberle servido un par de kilos a ver si revienta.

—Me como los dos kilos si usted los paga.

El teniente Parker se quedó un momento indeciso, pero, finalmente, renunció a la apuesta porque creyó que perdería.

—Jimmy, ¿dónde estuvo esta tarde?

—Haciendo mi trabajo. ¿Por qué lo pregunta, teniente?

—Pasó algo raro.

—¿Otro crimen?

—No.

—Entonces, ¿qué fue?

—Detuvieron a un tipo por la calle. Sufría un fuerte *shock* nervioso... Hablaba de Napoleón, de Josefina y de no sé qué revolución.

Mickey intervino:

—Hoy día, la gente no sabe qué hacer para llamar la atención.

El teniente lo miró, pero desvió los ojos al ver que Mickey engullía un gran trozo de carne.

—Jimmy, ¿sabe algo de eso?

—¿Por qué habría de saberlo?

—Cuando el detenido estuvo un poco más tranquilo, habló de los Corazones Solitarios, de cierta señorita Marlowe y, por último, se refirió a un tal Mickey Donovan, inspector del Instituto del Matrimonio Moderno.

Mickey exclamó:

—¡Demonios, Jimmy! ¡Hay un tipo que se llama como yo!

Parker apretó los maxilares.

—Les dije que se apartasen de esto.

—Y nos hemos apartado. ¿Verdad, Jimmy?

Parker se pasó una mano por el cabello.

—¿Me quiere hacer un favor, Jimmy?

—¿Va a pedir mi colaboración, teniente?

—Correcto.

—Pues ya la tiene. Pero a cambio, recibiré la colaboración de usted.

—¡Magnífico!

—¿Qué quiere que haga por usted, teniente?

—Que nos pase los informes que tiene relacionados con el anuncio.

—¿Qué anuncio?

—Maldita sea, no empecemos con evasivas. Sabemos que puso usted un anuncio, el de la joven con buenos ahorros. Y me figuro que la referida joven es la que estoy mirando a la cara. —Parker clavó los ojos en el bonito rostro de Linda.

Jimmy carraspeó.

—Muy bien, teniente. Es inútil que lo neguemos.

—Completamente inútil.

—Nosotros somos los del anuncio. Pero hasta ahora no dio resultado.

—Pero estuvieron a punto de volver loco a un ciudadano.

—No diga tonterías, teniente. Estoy seguro de que ese hombre ya estuvo internado en algún sanatorio.

—Estuvo internado, pero le dieron el alta, y si ahora llega a estar con ustedes una hora más, lo internan para toda su vida. La razón es muy sencilla. Usted no es un especialista, no es un policía de carrera... Estoy harto de aficionados... Ustedes se metieron en el asunto. Muy bien, se han metido, pero no traten de arreglarlo a su manera. Si saben algo, es mejor que pidan nuestra ayuda.

—Quiero su ayuda, teniente —dijo Donovan.

—Así me gusta, Mickey.

—Deme el salero.

Parker soltó una espantosa maldición y se puso en pie.

—Andense con cuidado los tres o acabarán en la cárcel.

Dio media vuelta y salió muy aprisa del restaurante.

Mickey se echó a reír.

—Es simpático el teniente.

Linda puso la mano sobre la de Jimmy.

—¿Quieres acompañarme a casa? Me ha entrado un sueño terrible. Después de tantas emociones, estoy que me caigo.

—Mickey —dijo Jimmy—, supongo que seguirás comiendo, lo tuyo y lo de nosotros.

—Trato hecho.

—Te veré luego en el hotel.

—Hasta mañana, Mickey —dijo Linda.

—Dulces sueños.

—Ojalá aciertes. Pero creo que voy a soñar con locos y asesinos.

Los dos jóvenes fueron en taxi hasta la casa de Linda.

Se despidieron en el porche.

—¿Estás ya más tranquila, Linda?

—Casi normal.

—He estado pensando que, después de todo, tú acertarás y no yo.

—O sea, que nunca conoceré al asesino.

—Así es.

Jimmy la besó en los labios con naturalidad.

Ella se dejó besar y Jimmy la apretó más contra sí.

—Jimmy —dijo Linda—. No me despiertes.

—De acuerdo —sonrió él—. Te llamaré mañana.

Linda se metió en su casa, preguntándose si empezaba a sentir algo especial por Jimmy Rogers.

Linda estaba en la oficina del club.

Atendió una llamada. Era la señora gorda y lloriqueaba por el teléfono.

—¡Qué tragedia!... ¡Qué tragedia!

—¿De qué se trata, señorita Avon?

—Del socio 3113.

—Oh, sí, el indecoroso Albert Chasse.

—¿Cómo se atreve a llamarle indecoroso? Señorita Marlowe, no debería utilizar esas palabras.

Linda se armó de paciencia. Tenía que hacer acoplo de ella para tratar a toda clase de socios.

—Señorita Marlowe —dijo Ruth Avon—. Albert Chasse volvió. Me pilló con las manos en la masa.

—¿En la masa?

—En la caja de bombones.

—¿Tuvo eso importancia?

—¿Que si la tuvo? ¡Claro!... Albert me dijo que había vuelto para pedirme que fuese su mujer, pero como había roto mi régimen de adelgazamiento, se marchaba de nuevo...

¡Dios mío! Lo tuve en el saco y se me escapó.

—No se preocupe, señorita Avon. Ya volverá.

—¿Qué debo hacer, señorita Marlowe?

—Llevarle para decirle que no volverá a comer bombones.

—Pero si me gustan mucho.

—Los come a escondidas.

—Demonios, es usted un ángel... Eso haré. Sí, señorita Marlowe, eso haré. Gracias por su consejo.

—De nada, señorita Avon. Estoy aquí para ayudar a los miembros del club.

Linda colgó y entonces oyó una voz.

—¿Por qué no me ayuda a mí?

Era el hombre de facciones agradables, George Watson.

—¿Para qué me necesita, señor Watson?

—Me encuentro muy solo.

—Pero usted tiene muchas oportunidades para no estarlo, ¿recuerda?

—Oh, se refiere a las demandas de amistad de las socias.

—Sí, señor Watson.

—Es que me pasa algo, señorita Marlowe.

—¿El qué?

—Que prefiero su amistad a la de cualquier otro miembro del club.

—Perdone, señor Watson, pero sólo soy una empleada en esta oficina.

—Entonces, ¿no quiere saber nada de mí?

—Me refería a que no doy citas personales a los miembros del club, señor Watson.

Su interlocutor se puso muy serio.

—Siento haberla molestado.

—No me ha molestado, señor Watson.

—Buenos días.

—Buenos días, señor Watson, y trate de entablar relación con algún miembro femenino de nuestro club. Ya verá como encuentra una mujer de su gusto.

Watson soltó un gruñido y salió de la oficina.

Linda exhaló el aire. A veces tenía que ser un poco dura con los miembros del club. Era necesario, o no tendría bastantes horas durante el día para atender las citas. Sonó otra vez el teléfono.

—¿Cómo estás, cebo?

—Jimmy, qué alegría oír tu voz.

—¿Algún drama?

—Di calabazas a un miembro del club.

—Bien hecho. Me sentiría muy celoso si salieses con otro hombre.

—Farsante.

—Te aseguro que lo he sido.

—Y lo continúas siendo.

—No, Linda, ya no lo soy. Contigo las cosas han sido distintas.

—¿Por qué distintas?

—La respuesta es la mar de sencilla. Nunca había encontrado una mujer como tú. Y para demostrártelo, te invito a comer.

—Acepto.

—¿Nos vemos en el restaurante húngaro a las doce?

—Sí, Jimmy.

—Hasta luego.

Linda colgó sonriendo. Ya estaba de mejor humor. Jimmy se

había acordado de ella.

A partir de entonces miró constantemente el reloj de pared.

Media hora más tarde, sonó otra vez el teléfono.

—¿Señorita Marlowe? —dijo una mujer.

—Sí.

—Soy la patrona del señor Watson, Señorita Marlowe, el señor Watson ha intentado suicidarse con el gas. Venga corriendo, por favor. La dirección es calle 64 Oeste 558.

## CAPÍTULO XII

George Watson vivía en una casa de feo aspecto.

Su patrona era Mabel Park, una mujer de cincuenta años y de cara caballuna.

—Noté el olor, señorita Marlowe, y pensé que había dejado abierta la llave del gas de mi cocina. Fui a comprobarlo y todo estaba en orden. Entonces recordé que el señor Watson había subido a su habitación y que no había contestado a mi saludo... Y también recordé que el señor Watson tiene un hornillo de gas... En fin, que tuve que abrir con la llave maestra, y allí estaba el señor Watson tirado en el suelo. Abrí la ventana, cerré la llave del hornillo y luego metí al señor Watson en la cama. Habló inconscientemente y se refirió a usted, a Linda Marlowe. Total, ahí lo tiene...

—Entraré a verlo.

—Hágalo, no vaya a ser que ahora se tire por la ventana.

Linda entró en la habitación de Watson.

George Watson la miró desde la cama. Estaba pálido.

—Debo parecerle un estúpido.

—No, pero se ha comportado como un niño... ¿Por qué hizo eso, señor Watson?

—Por usted.

—De modo que le negué una cita y decidió quitarse la vida.

—Fue lo que ocurrió.

—¿No le da vergüenza?

—No.

—Usted me contó su historia. Su novia lo abandonó por otro y pensó pegarse un tiro.

—Es verdad...

—En ese caso estaba justificado que usted pensase eso. Sólo que lo pensase. No apruebo de ninguna manera que lo fuese a llevar a

cabo. Una mujer le había dicho que lo amaba y ella lo defraudó. Pero yo no le prometí nada, señor Watson. Nos conocimos ayer y nos hemos visto dos veces, y porque yo no le doy una cita, decide respirar gas durante un rato para irse al otro mundo... ¿Cree que fue justo?

—Tiene usted razón. No fue justo.

—¿Lo dice de verdad?

—Absolutamente. Estoy arrepentido... Es como usted dijo: me comporté como un niño.

La joven dio una vuelta por la habitación.

—Siento haberle hecho perder su tiempo —dijo Watson.

—No me hizo perder ninguno. Usted es el único que perdió el suyo al tratar de hacer una tontería.

—¡No me ha perdonado!

—No tenía nada que perdonar —le sonrió Linda.

Watson se mojó los labios con la lengua.

—Es usted muy buena, señorita Marlowe.

Ella cruzó los brazos bajo los senos.

—¿Por qué es tan huraño, George?

—La vida no se portó bien conmigo.

—Estoy cansada de oír eso... Todos sufrimos, señor Watson: los que nacen en la cuna más rica o en la más pobre. Todos somos víctimas de enfermedades. Todos estamos expuestos a ser víctimas de la desgracia. Nadie nace con una marca especial para que la fortuna se vuelque en él... Vivimos en un continuo azar. El hombre que un día se siente más afortunado, está dispuesto a jurar un poco más tarde que no hay nadie tan desgraciado como él... Y ese hombre no tiene razón en ninguno de los dos casos. Estamos sometidos a presiones, a fuerzas que escapan a nuestro control. Por ello hemos de ser consecuentes, seguir el camino que nos hayamos trazado teniendo en cuenta que existen nuestros semejantes, y que ellos son dignos de nuestro respeto y de nuestra ayuda porque son de carne y de hueso como nosotros... Existen normas, señor Watson, normas que nos dictó nuestro instinto... Procura el bien. No hagas daño a nadie. Hay otras muchas normas y usted las debe conocer como las conozco yo. Todas ellas forman ese código que nadie ha escrito y que es sagrado porque, si lo cumplimos, estaremos más cerca de ser felices que de ser desgraciados.

Hubo un silencio.

Watson dijo, con voz ronca:

—Es usted la mujer más agradable que he conocido en mi vida.

—Eh, señor Watson, le prohíbo que se enamore usted de mí.

—Eso es algo que usted no puede impedir. Puede marcharse ya.

—Sí, me voy porque hago falta en la oficina, pero prométame antes una cosa.

—Le prometo que no volveré a atentar contra mi vida.

—Gracias por decirlo —sonrió ella, y salió de la habitación.

Como era tarde, fue directamente al restaurante. Jimmy ya la estaba esperando. No quiso contarle aquella historia triste relacionada con Watson y, unos minutos después, ya lo había olvidado. Jimmy estuvo magnífico. Le contó las cosas graciosas que le pasaban ofreciendo sus boletines de inscripción a la revista de Harry Gow.

Al despedirse, él dijo:

—Nos veremos aquí para cenar.

—Esta noche no puedo. —¿Por qué?

—Tengo que hacer una lista de los miembros que han ingresado durante el último trimestre.

—Entonces te llamaré a casa.

—Sí, Jimmy.

La joven volvió a la oficina y se puso a preparar el trabajo que debería llevarse a casa. Sonó el teléfono.

—¿Linda Marlowe?

—Sí.

—Aquí, el asesino.

—Jimmy, ¿eres tú? ¿Qué broma se te ha ocurrido?

—No es una broma, señorita Marlowe.

—Ya sé, eres Mickey.

—Tampoco soy Mickey Donovan.

—¿Quién es, entonces?

—Harold Hoffman, Richard Wolf... Soy muchas personas, señorita Marlowe. Cada vez soy un hombre distinto, y también seré un hombre distinto para usted.

—¿De qué está hablando?

—De matarla.

—¡No! —chilló Linda.

—Nadie la va a librar de mí, señorita Marlowe.

—Llamaré a la policía.

—No le dará tiempo.

—¿Por qué?

—Porque estoy en el archivo, frente a usted.

Linda miró al archivo. Estaba a unos cinco metros de ella, la puerta entreabierta. La ranura era oscura. Sintió que su cuerpo se estremecía.

—¡Está mintiendo! —gritó por el micro—. En el archivo no hay ningún teléfono.

Ya no le contestó nadie.

Se levantó poco a poco, dejando el teléfono en la mesa, siempre con la mirada fija en la habitación destinada al archivo.

Se dio cuenta de que sus piernas temblaban.

Poco a poco, muy despacio, fue apartándose de la mesa. Por fin, sus piernas se tensaron.

Corrió como nunca había corrido y salió de la oficina.

—¡Socorro!

En el corredor estaba el portero, Jerry Oakes.

—¿Qué le pasa, señorita Marlowe?

—¡Jerry, hay un hombre en el archivo!

—Siempre he dicho que los miembros de su club son unos chiflados.

—Quiere matarme.

—Conque sí, ¿eh?

Jerry Oakes había trabajado en el circo, en el trapecio, y poseía una fuerte musculatura. Se había retirado por una fractura de la pierna, pero todavía, a pesar de sus cincuenta años, era un tipo fuerte.

—Yo lo arreglaré, señorita Marlowe.

Jerry entró en la oficina y Linda fue detrás de él.

El portero abrió la puerta del archivo, encendió la luz, miró el interior y luego se volvió poco a poco.

—Señorita Marlowe, aquí no hay nadie.

—¿Cómo?

—Puede verlo usted misma.

Linda se acercó al archivo y observó el interior. Jerry tenía razón. No había nadie.

—Creo que he sido víctima de una broma, Jerry.

—¿Y quién fue el bromista?

—Alguien que me llamó por teléfono.

—Si uno fuese a hacer caso de lo que le dicen por teléfono, acabaría mal de la cabeza.

—Sí, Jerry. Perdone.

—No tengo por qué perdonarle nada, señorita Marlowe. Ya sabe que estoy a su disposición.

Jerry salió de la estancia cerrando tras de sí.

Linda vio que el teléfono estaba descolgado, sobre la mesa. Lo cogió para ponerlo en la horquilla y de pronto una risa le llegó por el hilo.

Acercó el receptor a su oreja.

Sí, aquel hombre estaba a la otra parte riendo.

—¡Es usted un cretino! —exclamó Linda, indignada.

—¿La asusté, señorita Marlowe?

—Claro que me asustó, como habría asustado a cualquier mujer normal.

—No puedo decir que lo siento.

—Ya lo imagino. Porque no es usted un caballero, sino un rufián. —No lo ha dicho bien, señorita Marlowe. Soy, simplemente, el asesino.

—No me engañará esta vez. —No pienso engañarla más.

—Entonces, olvídense de que existo.

—Eso no podrá ocurrir, señorita Marlowe. Al menos de momento. Hasta que haya dejado de existir. Y eso va a ser cuenta mía. Se lo aseguro, señorita Marlowe. Cuenta mía.

Luego se interrumpió definitivamente la comunicación.

Linda dejó el receptor en la horquilla. Otra vez estaba fría como el hielo.

¿Quién era aquel hombre? ¿Sería verdaderamente el asesino? ¿Y por qué no? Necesitaba a Jimmy, lo necesitaba urgentemente. Pero ¿cómo hablar con él? Tendría que esperar a la noche.

Tenía que ser un bromista. Pero ¿quién podía saber que ella era la joven con buenos ahorros a que se refería el anuncio de los periódicos?

## CAPÍTULO XIII

Linda se encontraba en su casa. Trabajaba en la máquina, haciendo la relación de los miembros afiliados al club durante el último trimestre. Otra vez estaba descargando la tormenta.

Al salir de la oficina, cayeron unas cuantas gotas porque el cielo de Nueva York estaba cubierto de nubes, pero tuvo tiempo de llegar a su casa.

Recordó a Rock Allen, la escena que se había desarrollado allí la tarde anterior, y no pudo por menos que reír.

El timbre del teléfono interrumpió su risa. Sería Jimmy.

—¿Sí?

—Hola, señorita Marlowe.

No, no era Jimmy, sino otra vez aquel hombre, el miserable...

—¿Cómo se enteró de este número?

—Qué poco imaginativa es usted. Existe una guía telefónica.

—Oh, sí, claro.

—Por fin se dio cuenta.

—¿Qué quiere?, señor...

—¿Qué nombre quiere que me dé?... ¿Frank Sinatra? ¿O prefiere uno menos famoso como John Smith?

—Déjeme en paz, como quiera que se llame.

—Sí. Señorita Marlowe, la dejaré en paz esta misma noche.

—¿Qué quiere decir?

—Que está llegando su última hora.

—Otra vez bromea, como cuando dijo que estaba en el archivo. Y ahora me irá a decir que está en mi cuarto de baño.

—No, no estoy en su cuarto de baño.

—En mi dormitorio.

—Tampoco.

—¿Dónde está, entonces, señor asesino?

—Todavía estoy lejos de usted, pero muy pronto empezaré a

acercarme.

—No le creo una palabra.

—Cuando me vea frente a frente, me creerá.

—Puedo evitar que usted venga.

—¿Llamando a la policía?

—Sí, señor Sinatra. Llamando a la policía.

—Ya le dije que era poco imaginativa, y ahora lo confirma. Ellos no pueden hacer caso de una historia descabellada, y la que usted les contase sería totalmente estúpida...

¿Qué pruebas les daría usted?... ¿La de Jerry?

—¿Qué sabe usted de Jerry Oakes?

—Todo. Que usted lo llamó para que le echase una mano en el archivo y Jerry comprobó que allí no había nadie. Escuché por el teléfono. ¿Se da cuenta, señorita Marlowe? Me preparé el terreno para que nadie pudiese tener en cuenta sus palabras. —Voy a suponer que es usted el asesino y que está diciendo la verdad. ¿Por qué me advirtió sobre lo que hará conmigo? ¿Por qué no me atacó por sorpresa?

—Yo no necesito sorprenderla a usted, señorita Marlowe. Quería que se cociere en su propio jugo. Y ya basta de diálogo telefónico. Enseguida me pondré en camino.

—Es usted un fanfarrón.

—Continúe pensando eso hasta que yo llegue.

Luego aquel hombre soltó una carcajada y otra vez se interrumpió la conversación.

Linda se enjugó el sudor de la cara con un pañuelo.

«¿Por qué Jimmy no llamaba?».

«¿Es que iba a hacer caso al chiflado? Otra vez con sus dudas. ¿Y si a pesar de todo intentaba llamar a la policía? Pero ¿qué le diría al teniente Parker? ¿Que el asesino iba a ir allí? No, el teniente Parker no creería semejante tontería».

Sólo Jimmy o Mickey estaban en condiciones de prestarle ayuda, pero no sabía cómo localizarlos.

¡Watson! ¡George Watson! Ella había hecho mucho por aquel hombre y él se sentía agradecido. Buscó en la guía el número de Mabel Park.

—¿Señora Park?

—Sí.

—Soy Linda Marlowe. Quisiera hablar con George Watson.

—¿Sabe que su visita resultó estupenda? El señor Watson se encuentra muy mejorado.

Le pongo con él.

Esperó unos segundos y enseguida oyó la voz de Watson.

—Señorita Marlowe, qué sorpresa. —Lo necesito, señor Watson —. ¿Se encuentra mal?

—Muy mal, señor Watson Pero no se trata de nada que pueda remediar un doctor. —Ahora mismo voy con usted. ¿Cuál es la dirección?

Linda se la dio.

—Salgo volando, señorita Marlowe —dijo Watson, y colgó.

Ella se encontró más tranquila Había hecho lo que procedía Continuó escribiendo a máquina.

Ya había pasado casi media hora desde que llamó a Watson, pero éste todavía no había llegado.

De pronto oyó un ruido, como un golpe.

Procedía de la parte trasera de la casa.

Se sintió sobrecogida.

¿Quién habría allí?

¡El asesino!

Oh, no, no podía admitir tal cosa.

Un perro. O un gato.

Pero ¿cómo un perro o un gato podían estar en la parte trasera con aquel diluvio?

Sintió la garganta reseca.

Se levantó y preparóse una ración de *whisky*. Después de beber un trago, comprendió a qué se debía el ruido en la parte trasera y se echó a reír. Naturalmente, había sido el viento. No lo había pensado antes porque estaba muy nerviosa. Otro traguito. Sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién es?

—George Watson, señorita Marlowe.

Linda abrió con rapidez.

George se cubría con una gabardina y sombrero que estaban mojados.

—Pase, señor Watson, y gracias por haber venido.

Watson entró en la estancia y se quitó la gabardina y el

sombrero.

—Bueno, ¿qué le pasa, señorita Marlowe?

—Es un poco largo de contar. ¿Quiere un *whisky*?

—Sí, lo necesito.

Escancié para él y para ella.

George bebió un trago y dijo:

—Cuénteme, señorita Marlowe.

Linda le contó la historia de los crímenes cometidos por aquel hombre que se había hecho llamar Harold Hoffman o Richard Wolf.

—Así que ese hombre quiere matarla a usted —dijo su visitante, cuando ella hubo terminado.

—Fue lo que dijo.

—Y usted no llamó a la policía.

—No, George.

—Ni a Jimmy.

—A nadie.

George Watson respiró profundamente y dijo:

—Hola, señorita Marlowe.

Linda se quedó asombrada al oír aquella voz.

No era la de Watson, a pesar de que había salido por la boca de George Watson. Aquella voz era la del hombre que había hablado con ella por teléfono, la del que lo había amenazado.

—¡No!

—Sí, señorita Marlowe. Soy yo. Su seguro servidor, que le viene a traer la muerte a domicilio.

Watson empezó a caminar hacia Linda y ésta retrocedió paso a paso, mientras sus ojos se agrandaban mucho.

—Párese, señor Watson.

—Ya no me puedo detener.

—¿Por qué hizo todo esto? ¿Por qué entró en contacto conmigo? ¿Por qué simuló que quería suicidarse con gas?

—Para asegurarme.

—No le entiendo.

—Ya le dije que tenía muy poca imaginación, señorita Marlowe.

—Y usted tiene mucha, al parecer.

—Justa la que necesito para burlar a la policía, a los tipos como Jimmy Rogers y a las mujeres como usted, señorita Marlowe. La preparé bien a usted. Primero le metí el miedo en el cuerpo con mi

llamada a su oficina. Tuve que simular el suicidio para que usted tuviese una buena idea de mí. No me negará que mi comedia fue bien montada. —Fue sensacional. Merece un Oscar.

—Gracias.

—El Oscar de la traición.

George Watson se echó a reír.

—Usted pudo salvarse, pero cuando la llamé antes para amenazarla de nuevo, usted pensó en mí.

—¿Qué habría pasado si no hubiese pensado en usted?

—Sencillamente, yo me hubiese quedado en mi casa, aunque sólo hubiese significado un aplazamiento de su muerte. Pero ya ve cómo jugué mis naipes, señorita Marlowe. Usted terminó por llamarme. Por pedirme auxilio.

—Maravilloso, señor Watson. Pero cometió un fallo.

—No cometí ninguno.

Linda seguía muerta de miedo. Pero tenía que hablar y hablar, no detenerse. Aquel hombre era un egoísta, un vanidoso, y le gustaba ser escuchado y contestar a las preguntas, para que su interlocutor, en este caso ella, supiese lo grande que era él.

—Cometió el fallo —insistió ella—. Hasta ahora usted mató por dinero. Estableció un cerco alrededor de su víctima. La engañaba, pero siempre se casaba con ella. Conmigo ha variado usted la táctica. ¿O ha venido para invitarme a que vaya a la casa del juez de paz y nos case?

Watson rió entre dientes.

—Es usted muy divertida, señorita Marlowe.

—Celebro serle simpática. Usted no puede matar a una mujer que le resulta tan alegre.

—Tengo que matarla por el desafío.

—¿El desafío?

—Sí, señorita Marlowe. Usted y sus amigos se entrometieron. Quisieron acabar conmigo.

—Le aseguro que no fue idea mía.

—Ya sé que fue cosa de Jimmy Rogers y de ese búfalo Mickey Donovan... He querido demostrarles que yo soy el más inteligente de todos. ¿No querían utilizarla como cebo? ¡Eso va a ser! ¡Un cebo! Pero hay peces que se comen lo que les han puesto en el anzuelo y se van tan tranquilos. Y eso haré yo.

—Déjelo para mañana. Tengo mucho frío ahora.

Watson avanzó otra vez hacia Linda. Sacó una navaja de resorte, la cual hizo funcionar.

Linda soltó un grito al ver la hoja de acero brillante como la plata.

—No huya, Linda. No le servirá.

En aquel instante se abrió la puerta y Mickey Donovan entró diciendo:

—Pero qué tiempecito nos hace ahí fuera.

—Aquí dentro es mucho peor, Mickey —repuso Linda.

Mickey no supo a qué se refería porque Watson cubría el cuchillo con el cuerpo.

—¿No vino Jimmy, Linda?

—No, todavía no llegó. Pero vino alguien que tú conoces.

El asesino se había vuelto hacia Mickey, y éste, después de mirarle a la cara, dijo:

—No, no lo conozco, Linda. ¿Cómo se llama?

—George Watson.

—Tanto gusto, señor Watson. Está muy morado. Debe encontrarse mal. Seguro que se mojó en la calle.

Entonces el asesino dejó ver la navaja.

Mickey señaló el arma con el dedo.

—¿Un cortauñas?

—Cortatripas.

—¿Cirujano?

—Ajusta cuentas. —¡Percebes!—. ¡Ostras!

Linda intervino en aquel duelo.

—¡Es el asesino, Mickey!

Donovan parpadeó.

—Demonios. Ya pudo terminar *Lo que el viento se llevó*, y, apenas puso la firma, quiere hacer otra faena. ¿Por qué no descansa un poco, asesino?

—Porque quiero ver el color de tus intestinos.

—Eso está muy feo.

Mickey se abalanzó sobre Watson, pero no midió bien la distancia.

George saltó, dejando pasar a Mickey, y luego lo golpeó con el filo de la mano en la nuca.

Mickey cayó como una res apuntillada.

Linda gritó otra vez al ver a Mickey inmóvil en el suelo. Por unos instantes, la joven se había considerado a salvo, y ahora todo volvía a estar como antes. O peor. El asesino ya estaba vuelto hacia ella y ahora reía como un desequilibrado mental.

—Nena, te voy a dar una cuchillada de más.

—No acepto propinas.

—Te la ganaste por la llegada de Donovan.

Jimmy Rogers entró en la casa, diciendo:

—Péguele otra por mí, George.

Watson se volvió, lanzando un rugido.

—Conque llegó el gran Jimmy Rogers.

—Sólo encuentro a faltar una cosa.

—¿El qué?

—El repique del tambor. Hemos llegado al número final. El de mayor emoción. En donde cualquier movimiento en falso hace peligrar la vida del artista.

Watson soltó otro rugido y corrió hacia Jimmy. Éste lo esperó a pie firme, y cuando el asesino de mujeres llegó a su lado, levantó un puño. Watson tropezó contra aquellos nudillos que le parecieron de hierro. Se tambaleó.

—¿Qué le pasa, Watson? ¿Por qué se pone bizco? Quiere un arreglito, ¿eh?... Ahí va, hombre.

Le sacudió en el hígado.

Los ojos de Watson se pusieron bien, pero su cara se puso muy mal. Verde.

Jimmy le pegó en la mandíbula.

Watson cayó en el suelo, dio una vuelta de campana y quedó sin sentido.

Linda corrió al lado de Jimmy y se echó en sus brazos.

—Apriétame, bésame, quíereme.

—¡Todo!

Jimmy besó los labios entreabiertos de la joven. Y ella juró para sus adentros que era besado muy bien.

Mickey se levantó tambaleándose.

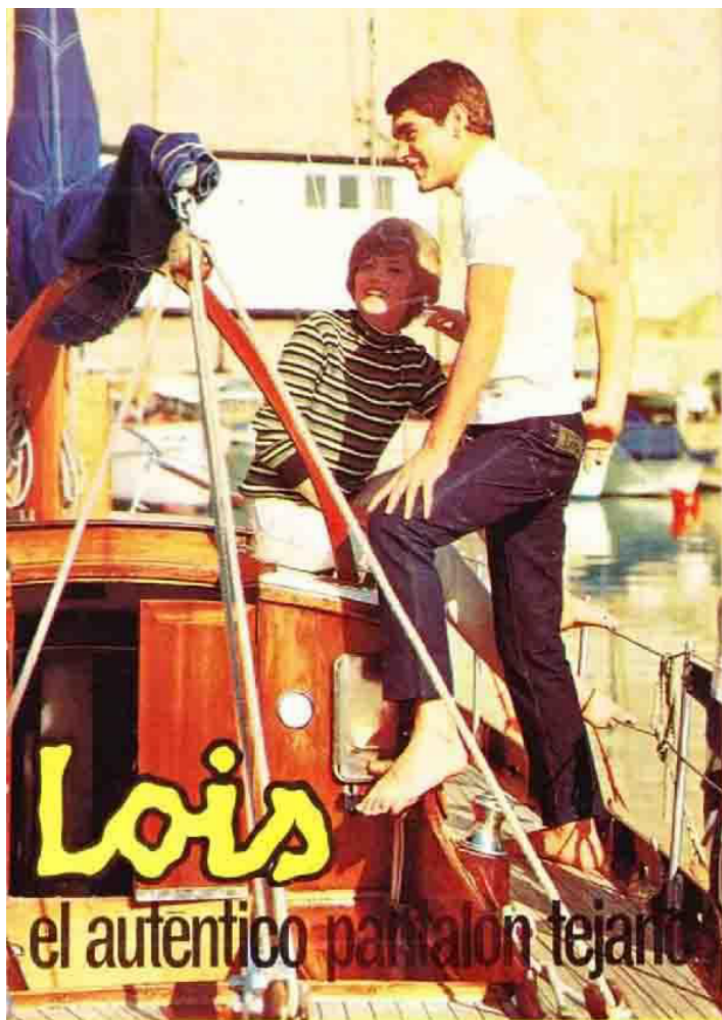
Vio al asesino, y a Linda y a Jimmy que tenían las bocas unidas, y dijo:

—¿Lo ve, señor Watson? Estas cosas le pasan por no suscribirse

a la revista *El Ajuar de la Casadera Decente*.

FIN





# Lois

## el autentico pañalon tejano



**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

**PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.**

